

# La Gaceta Literaria

iberica: americana: internacional  
LETRAS ARTE CIENCIA

40 CENTIMOS

Madrid, 15 de Mayo de 1931 Núm. 106

Redacción y Administración:  
PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44  
Se reciben suscripciones  
en las principales librerías

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMENEZ CABALLERO PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

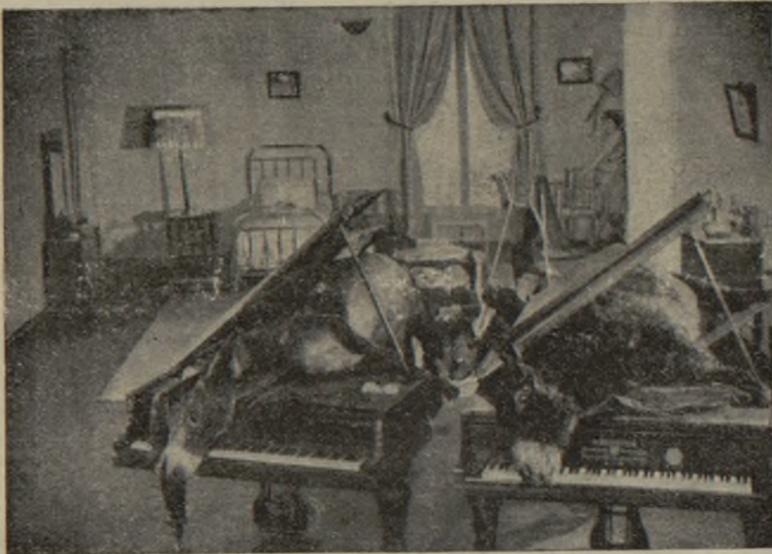
SUSCRIPCIÓN { España y Países del Convenio postal Hispanoamericano... 7,50 ptas  
ANUAL... Extranjero... 10,00 —  
ANUNCIOS DE { 75 pts. la línea del cuerpo e  
TARIFA... Polígrafos de suscripción  
Descuentos: trimestre, 10%  
— semestre, 15%  
— anual, 20%.

Más orígenes literarios de los sucesos actuales y subversivos de España, relatados sin añadir un solo punto a la cosa, y dando relativa importancia a la mujer visible de Salvador Dalí, y dedicando estas líneas a don Dámaso Alonso, su autor E. Giménez Caballero.

Hace poco, y en otro sitio cualquiera —aparte de las conversaciones— sí, por escrito— yo señalaba lo que ha tenido movimiento llamado en Francia surrealista—, y de ningún modo exacto entre nosotros— para desencadenar la rabia y ataque contra los guardias de Seguridad, esas inocentes criaturas de la burguesía, amamantadas en los pechos castos de las señoras y señoritas del Corazón de Jesús y del Lyceum Club, grandes inocentes criaturas los guardias de Seguridad, a quienes los herederos de la burguesía intentaron sacrificar, arrancándolos de los pechos castos de sus madres, y todo ello por haber sido esos herodes que André Bretón era superrealista y que Sigmundo Freud se ocupaba de las libidos reprimidas, y todo ello porque la carne de guardia de Seguridad era sabrosa como la de manjar prohibido y se confundía en el paladar sádico de los herodes burgueses con el sabor de muslos de peluda, muslos que ya no comían nuestros herodes porque nuestras ninfas se lavaban todas ya en bidet y con jabón de glicerina, muslos de guardia de Seguridad, peludos, con olor a pólvora y tal, y que convenían mucho al paladar sádico de los románticos agresores, románticos herodes burgueses, como aquel pobre autor de las *Noches ligúmbres*— que os acordaréis muy bien, todas las delicadas porquerías que se le ocurrían con los muertos, pero en fin, ha sido así y además hay más cosas que voy a contar en esta nueva coyuntura, como es esa de arrastrar los curas e incendiar sus guaridas o conventos, como se hace en la caza mágica de los primitivos

vos y de los geniales hombres del neolítico con mucha precisión, sí, amigos, sí, amigos, con mucha precisión, como lo cuenta el maestro Obermaier, y como lo contaba el *Heraldo* frente a la iglesia de los jesuitas de la calle de la Flor, por cierto que el libro de Füllop-Miller sobre los jesuitas, que ha traducido la Biblio-

grado visiblemente su "Mujer visible", que es un libro caro, bibliofílico, hemofílico y magnífico, bello, bello, bello, fuerte como el talento fuerte de Salvador Dalí, talento de fanático que ya no es talento sino paranoia, arbitrariedad con poesía y recuerdos definitivos de infancia, como ese complejo pueril donde dice:



Se ven: burros, sangre, notas asesinadas de piano. Al fondo, dos curas a rastras. Y una mujer (en sexo crudo). Fotografía del "Perro andaluz", film de Buñuel y Dalí.

eca Nueva, ha detenido grandes carnecías ofreciendo el pecho bravo de sus 30 ptas. y sus numerosos grabados y valiéndolo de barricada para que los sacerdotes saltasen rápidamente sobre él en traje de paisano, con mucha gracia y elegancia, como corresponde a un sacerdote vestido de paisano, pero a un sacerdote vestido de sacerdote le insultaba Benjamín Peret, y a otros dos vestidos de maristas los arrastraban por el suelo con cuerdas Luis Buñuel, el perro andaluz, Salvador Dalí, el separatista Miratvilles, con su piano de notas secas y el Cineclub— viejas historias que traen lodos—, porque fijaros bien en esa magnífica fotografía de Max Ernst, donde hay tres testigos testificando que la Virgen pega y corrige al infante Jesús, lo que significa eso de indisciplina sagrada tener que ser corregido el infante Jesús, vigilado por Max Ernst y otros amigos, que es como ver quemarse el colegio de las Maravillas sin intervenir, sin humedecer las brasas ni siquiera con saliva, sí, sí, había mucha quema e injuria preparada en el movimiento de esos amigos citados, pero todavía falta la tercera etapa, la más magnífica, la que va tras de la etapa de los guardias y tras de la etapa de los curas, y es esa etapa de la mujer sin sexo, violenta y esterilizada como es la señora Eluard, la gran amiga de Salvador Dalí, mujer a quien Salvador Dalí ha consa-

je pense à l'abominable, a l'ignoble pays natal où j'ai vécu mon adolescence loin de l'amour dans les familles, la chambre des parents non ventilée le matin, dégageant l'affreuse puanteur d'acide urique, de mauvais tabac, de bons sentiments et de merde, y sin embargo, de ese innoble país de su adolescencia, de ese abominable país, Cataluña, de su adolescencia guarda la superstición de las casas barcelonesas *modern styl* a las que sublima, exalta, dignifica, envanece, redifica, peralta, acaricia, lame, recrea, rechupa con succión de niño de teta en pecho de nodriza y en un alarde de patriotismo que sería abominable y pestífero si no fuese subconsciente como son todos los patriotismos gratuitos y válidos, como lo es el de Salvador Dalí adivinando a través de la mujer visiblemente esterilizada las casas desordenadas, entrañables, cursis y llenas de buenos sentimientos, llenas de paternidades y olor a familia de su Barcelona, cosa que a mí no me parece muy mal sino muy bien, como muy bien me lo parecerá el momento real de la nueva profecía surrealista, o sea esa de saltar a vía pública la mujer en sexo crudo y estéril, la mujer visible, la que se la ve todo menos el sexo, porque es lo único que enseña, una mujer tan admirable como Gala, a quien adora Salvador Dalí como se adora a los ídolos aztecas, con sacrificios humanos y candi-

dez genital, es decir, con simplicidad enormemente complicada, con esa sencillez con que la Virgen de Max Ernst pega azotes al infante Jesús, que luego resul-



La Virgen castigando al Niño Jesús ante tres testigos.

ta no ser el infante Jesús sino el mismo Salvador Dalí, a quien su propia madre azota públicamente por desacato, siendo los tres testigos—aparte de Luis Buñuel, que no se quiere mezclar—, los condes de Noailles, esos condes por los que yo regañé bastante a Salvador Dalí, cuando hablé de él en este mismo sitio, ya que encontraba yo muy mal poner un film tan bueno como la *Edad de Oro* al servicio del oro de unos semitas de edad como los condes de Noailles, pero claro, estas son aguas pasadas y azotes pasados, que nada tienen ya que ver con el afectuoso sonajero de amistad y el biberón admirativo que ofrezco yo ahora a Salvador Dalí, arrancándole del regazo de la Virgen iracunda y buscando rápidamente un consuelo, hasta hallar la mirada alucinante de la mujer visible y entregarle a ella con toda franqueza, paternal y bondadosamente, como hubiera hecho San José



El superrealista Peret insultando a un sacerdote.



GALA.—La mujer de Paul Eluard, mujer de Salvador Dalí.

EDICIONES HOY

SE HAN PUESTO A LA VENTA:

**JOSE BUSCA LA LIBERTAD**

Por Hermann Kesten

5 pesetas.

*Una sátira implacable de la sociedad burguesa. Una novela humana, vigorosa, sensacional: una revelación.*

**A M O K**

Por Stefan Zweig

5 pesetas.

*La obra maestra de Stefan Zweig. Ninguna novela moderna es comparable a ésta en fuerza pasional y belleza literaria.*

PEDIDOS, A REEMBOLSO, A EDICIONES HOY, ZURBANO, 20. MADRID. EXCLUSIVA DE VENTA A LIBRERIAS: C. I. A. P., LIBRERIA FE, PUERTA DEL SOL, 15. MADRID

**Vida de D. Quijote y Sancho**

Miguel de Unamuno

*La crítica, así de España como del extranjero, coincide en proclamar esta obra como la más eminente del insigne pensador y como el comentario más original, sustancioso y profundo, escrito hasta ahora sobre el Quijote.*

5 pts.

C.I.A.P. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15, Madrid

**Agonía y tres novelas más**

por Lodesma Miranda.

El autor de "Antes del mediodía", la gran novela tan celebrada por la crítica, reúne en este libro ilustrado con magníficos grabados varias narraciones interesantísimas.

5 pts.

C.I.A.P. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. MADRID.

A. Hernández Catá  
José Francés  
Concha Espina  
Alberto Insúa

acaban de publicar una gran novela en colaboración, titulada

**LA DIOSA NÚMERO 2**

C. I. A. P.

5 pesetas

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.-MADRID



**Alejandro Centellas, aventurero del mundo**

por "EL CABALLERO AUDAZ"  
Es una apasionante novela de aventuras, amor y revolución.

**"EL CABALLERO AUDAZ"**

Logra reflejar admirablemente en

**Alejandro Centellas, aventurero del mundo**

la vida maravillosa de un aventurero en acción, que consigue ser presidente de una república. Apresúrese a adquirir este libro antes que se agote. Es la obra de esta época. Es la visión exacta y oportunísima de nuestro tiempo. Es la crónica novelada, emocionante y patética de nuestro siglo.

400 PAGINAS.—6 PESETAS

COMPANIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES, S. A.—Apartado 33.—MADRID.—Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.—MADRID

**TROTSKY**

acaba de publicar una obra de extraordinario interés político

**EL GRAN ORGANIZADOR DE DERROTAS**

Duro ataque contra Stalin y sus epigonos. La obra más fundamental para comprender la actual crisis rusa

300 páginas, 6 pesetas  
EDICIONES HOY. Pedidos: Zurbano 20. Madrid. Exclusiva de venta: CIAP. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Madrid

**La mejor Revista, COSMÓPOLIS**

**ANTICÍPOLIS**

Por LUIS DE OTEYZA

La ciudad de la anticipación, donde se vive hoy como se vivirá un día en todas las demás ciudades, es Nueva York. Y la vida neoyorquina, ese vivir que ha de imponerse al mundo, se describe en esta novela con crudo verismo.

**ANTICÍPOLIS**

es la novela de la ciudad anticipada; es la vida de Nueva York, sus mundos exteriores e íntimos, sus pasiones, sus crueldades, sus fascinaciones, sus violencias. Luis de Oteyza ha puesto en

**ANTICÍPOLIS**

sus conocimientos obtenidos directamente en sus varias permanencias en los Estados Unidos y su fuerza admirable de escritor realista.

5 PTAS.

**CIAP**

Librería Fernando Fe Puerta del Sol, 15.—MADRID

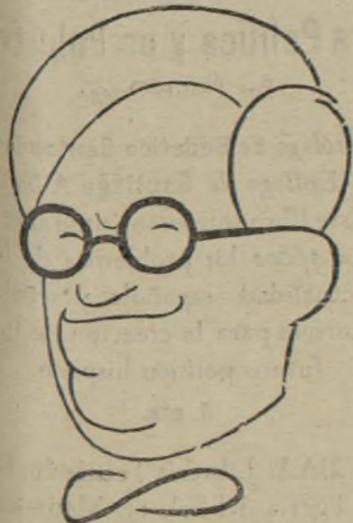
# EMBAJADORES ESCRITORES

Entre los múltiples odios (la Monarquía se arrastraba últimamente llena de odios, como todo ser en descrédito, resentido) con que se adornaba el régimen anterior, estaba este interesantísimo: el odio a la inteligencia. No digamos más: el odio a la inteligencia supone por sí mismo miedo a la inteligencia. O sea: defensa espontánea, suave o violenta, de una naturaleza torpe. Cuando el régimen se quintaesencia (dictaduras de Primo de Rivera y Berenguer), su delicada pureza estulta logra lo maravilloso. Entonces se cierran los centros de cultura, se tacha la letra inteligente, se persigue y expulsa al intelectual. La inteligencia era el fantasma temido, junto con otra señora de apariencia menos modesta: la justicia.

Esta doble persecución caía sobre la nación con eficacia de exterminio. Porque desterrar lo inteligente y violar sistemáticamente la justicia era ir contra los valores nacionales, entendiendo por valores nacionales no sólo los históricos, así de hombres como de cosas, sino también aquellos otros actuales, necesarios de respeto, apoyo y honores. Creemos que pocas naciones en el mundo han sufrido, como España, de postergación en sus mejores. Una gloria española, preterita o presente, no recibió nunca el menor obsequio del Estado, ni siquiera la más insignificante atención. Así han venido siendo de independientes, individuales y ariscos aquellos valores, acomodados de antemano a vivir en olvido de los suyos...

\*\*\*

Con el advenimiento de la República se despejan muchas cosas, se atiende a lo más fino del país, se desagradía al intelectual. En el propio Gobierno provisional hay figuras destacadísimas, como la de Azaña, que no han sido otra cosa, hasta ahora, que intelectuales. Azaña viene a desmentir con su personalidad extraordinaria cuanto en España ha sido vejamen para la inteligencia. Es ahora un hombre de letras quien triunfa políticamente en el Ministerio de las armas. Para quienes sabíamos de la firmeza de su prosa, de su voluntad tenaz en el trabajo del lenguaje, de sus novelas enteras, de su teatro vigoroso, de sus ensa-



Julio Alvarez del Vayo.

ayos solidísimos, esta su capacidad de reorganizador—o de general en jefe—nos sorprende poco.

Lo que verdaderamente nos sorprende con gusto es ver con Azaña la ascensión en buena parte a la dirección del país del mundo intelectual. De los políticos auténticamente intelectuales y de los intelectuales con levadura política. A esa ascensión corresponden los nombramientos de embajadores escritores. Pérez de Ayala, Baeza, Américo Castro, Alvarez del Vayo, Madariaga, Zulueta, Danvila, van a representar a España



Ramón Pérez de Ayala.

en Inglaterra, Chile, Alemania, Méjico, Estados Unidos, Roma. Dicha elección de representantes recae por primera vez y de un modo sistemático en figuras de suyo representativas. Ayala, por ejemplo, llega a Londres con una representación española, oficial; al propio tiempo, con una representación particular e intransferible, cual es la de su propia obra, unida al presente intelectual de España y enlazada a su vez con vigor de estilo a nuestro pasado literario. Esto no nos parece ocioso en un cargo de esta naturaleza. Siempre se pensó para embajadores en hombres que representaran al país lo mejor posible. La elección, hasta ahora, y en el mejor de los casos, se hacía sólo con arreglo a títulos exteriores; era, por consiguiente, falsa. Hoy no se atiende tanto a lo circunstancial como al mérito auténtico, y se piensa para embajadores en figuras que ya llevan de suyo una embajada personal. La designación de Baeza para Chile, como la de Castro para Alemania, como la de Alvarez del Vayo para Méjico, como todas las demás, están hechas de acuerdo con un sentido preciso



Manuel Azaña.

de cada uno de estos escritores, así como de cada uno de estos países.

\*\*\*

Todas estas figuras son sobradamente conocidas por sus obras, y sería ocioso pretender presentarlas de nuevo. LA GA-



Ricardo Baeza.

En breves días

aparecerá



Trabalenguas  
sobre  
España

de

E. Giménez Caballero

“Maedeker” espiritual de España.

Itinerarios de Touring-Car.

Guía de Touring-Club.

C I A P

6 PESETAS

## LETRAS AMERICANAS

## "Juan Manuel de Rosas"

En realidad, la historia argentina, considerada en su conjunto, puede dividirse en dos partes: antes y después de don Juan Manuel de Rosas. Quizá esto que un extranjero advierte en seguida en cuanto vive—curioso y apasionado—en la República del Plata, es algo de que no se habían dado demasiada cuenta los argentinos.

No quiere ello decir, ni mucho menos, que la figura de Rosas no haya sido estudiada por los historiadores del país. Al contrario: como toda personalidad de fuerte relieve y de áspera grandeza, don Juan Manuel, que durante unos años fué dictador, atrajo la atención y el interés de historiadores y literatos. Su vida y su obra han sido largamente comentadas. Paz, Pelliza, Mansilla, Bilbao... Arturo Capdevila, en una deliciosa crónica costumbrista que tituló "Las vísperas de Caseros"... La bibliografía, en torno a Rosas, teje una red vasta y profusa.

Sin embargo, desde un punto de vista nacional e histórico, el héroe del desierto no ha sido todavía situado en su verdadero lugar. Ha faltado la consideración, íntegra y cabal—circular, cíclica, podríamos decir—de las perspectivas históricas, la proyección sobre el futuro y desde el futuro. Demasiado desarraigada de toda trascendencia nacional, desasida de la propia eternidad argentina, considerada en sí misma, la figura de Juan Manuel de Rosas ha sufrido la limitación antihistórica de lo unilateral. Se ha visto en él solamente el dictador y el tirano. La tiranía de Rosas constituye en la Argentina un tópico de execración. Por lo general, se ha prescindido, al juzgarle, de aquellas razones circunstanciales, pero supremas, que actúan sobre los hombres de mucha personalidad, y que arrancando de sí mismos no son, en definitiva, más que su propia razón histórica. Tal como hay hombres que han pasado por la vida como verdaderos condensadores de multitud, los hay que han sido, profundamente, con fatalidad y dominio, con implacable destinación, condensadores de historia. La patria ha cuajado en ellos, y el tiempo los ha escogido como reactivos.

Así debe considerarse a Rosas en definitiva, y cualquiera que sea el juicio que merezca al historiador. Actuaron en él multitud de vitaminas nacionales cuya asimilación—difícil—intoxicó quizá su temperamento. Pero, a través de él, la reacción nacional adquirió un sentido normativo hacia la realidad de sus grandes destinos.

Es imposible, en la actualidad, des-

arraigar de su fondo natural una figura histórica para juzgarla. Lo es más todavía prescindir del hombre para dar idea del caudillo. (El método contrario tiene incluso, con una mayor posibilidad, una mayor eficacia. Véase, magnífico ejemplo, el *Napoleón* de Ludwig.) Y Juan Manuel de Rosas, execrado en su tiranía, anatematizado en su dictadura, había sido hasta ahora, al ser estudiado y comentado, demasadamente arrancado del caos histórico que, alentando sus ávidas apetencias temporales, fué su propia fatalidad.

Sobre un hombre solitario actuó un elemento trágico. Sobre un ambicioso actuó la realidad nacional. Y un hombre solitario y ambicioso actuó sobre las posibilidades de una patria. He ahí el meollo.

Todo esto había que tener en cuenta para escribir hoy día, según criterio moderno y autenticidad nacional, un libro sobre Rosas.

Quizá por obediencia a estas consideraciones previas, resulta ser una obra admirable el *Don Juan Manuel de Rosas*, de Carlos Ibarguren.

\*\*\*

Carlos Ibarguren es un gran escritor argentino. Como suele acontecer en aquel país, sus actividades profesionales han abarcado direcciones varias, y forzadas a una intervención, han adaptado distintas modulaciones.

Político, historiador, abogado, escritor, Carlos Ibarguren ha publicado libros de varia índole, y en la realidad contemporánea de su patria es un elemento actuante y sobresaliente.

Como costumbrista y observador, sus libros *De nuestra tierra* y *Memorias del tiempo clásico* acreditan singular excelencia.

Como historiador y como jurista bastaría a destacar la clara vivacidad de su erudición y el dinamismo de su arte. Una *proscripción bajo la dictadura de Sylva* (que, por cierto, no figura en la relación de obras del autor impresa en el volumen que ahora comentamos) y su *Manuelita Rosas*, en la que además la parte literaria es un primor de aciertos, desvela el interés que la figura del dictador le ha merecido siempre.

Gran patriota y gran liberal, Carlos Ibarguren ha sabido ser, con ejemplar eficacia, un hombre de su tiempo, y laborando en la realidad argentina es uno de los forjadores del futuro.

\*\*\*

De mayor envergadura que todos los anteriores es este libro suyo consagrado a Juan Manuel de Rosas.

Los epígrafes: "Su vida.—Su tiempo.—Su drama" indican ya claramente—panorama tripartito—la vastedad del triple propósito. Pero señalan, además, la certera disposición histórica con que Carlos Ibarguren se encara con la figura apasionante del héroe del desierto. Se trata de un libro rotundo. Se establece y se reconstruye todo el ciclo rosista. Lo histórico y lo íntimo, lo grande y lo pequeño, lo dramático y lo trágico, lo esencial y lo adjetivo. El hombre puesto en pie en la pesadumbre de sus fatalidades. La patria se va cuajando en torno de él, gracias a él y a despecho de él. Todo lo logrado no oculta lo que quedó por lograr. La vida, el tiempo, el drama, a veces paralelos y a veces encontrados, cruzan el panorama de la histo-

ria. Detrás de sus corceles se inician las creaciones.

A la luz de la historia, y desentendiéndonos de todo linaje de consideraciones críticas, el drama de Rosas, proyectado en su futuro, aparece con sólo pensar que, quien como él, luchó con tanta saña contra "los salvajes asquerosos unitarios" en defensa de la soberanía nacional, fué, en realidad, propulsor de la unidad. Esta contradicción, esta paradoja, que fué impulso de su actuación, fué al mismo tiempo delación de su tragedia, fatalidad de su destino. Mientras contra los unitarios de la urbe levantaba a las multitudes del desierto—otra paradoja—, iba creando la verdadera realidad unitaria. Detrás de su caballo iba naciendo por vez primera hierba nacional.

Tres elementos hay que considerar, sin duda, al estudiar la figura y la proyección histórica del *Restaurador de las Leyes*: el temperamental, el histórico y el trágico. El gran mérito de este libro de Ibarguren es el de no haber olvidado ninguno. De este modo la concatenación de todas las circunstancias adquiere el indispensable vigor definitivo.

Para Ibarguren "la historia no puede ser estudiada aislando un momento de otro".

En el estudio de la tiranía de Rosas, el autor actúa sobre realidades históricas, considerando su implantación como resultado de un estado social, como consecuencia de "la anarquía producida por la revolución de Mayo".

Este inicial criterio le permite a Ibarguren, a lo largo de su libro documentadísimo y ecuánime, trazar una magnífica síntesis histórica en la que la narración de los hechos se afirma y ahinca en los motivos espirituales y vitales que va desvelando.

Toda la obra es, a la vez que un modelo de claridad expositiva y de buen método histórico, una vital, profunda, aguda, sagaz reconstrucción psicológica.

\*\*\*

No son éstos lugar ni ocasión oportunos para hacer del libro de Carlos Ibarguren un detallado comentario. No intento seguirlo paso a paso y destacar, en cada momento, sus valores y las sugerencias que desvela.

Aparte de que la complejidad del tema es un poco difícil y peligrosa para quien no es argentino, requeriría la labor, con la inevitable secuela de apostillas críticas, un espacio y un tiempo que escapan a las proporciones de LA GACETA LITERARIA.

Pero, al señalar la sugestionante excelencia de este nuevo libro del autor de *Manuelita Rosas*, quiero destacar algunas consideraciones que acrecientan su positivo valor y su innegable interés.

Creo sinceramente que el acierto con que Ibarguren logra evocar y vitalizar la figura del *Restaurador de las Leyes* estriba principalmente en que ha sabido, ante todo, con tanto arte como fidelidad histórica, darse cuenta—resaltándolo como elemento esencial y genitivo—del contraste paradójico que gravitó sobre el dictador y que por lo que tuvo de fatalidad (no se olvide el concepto histórico de la fatalidad) fué su tragedia, es decir, aquella levadura que le ha convertido en protagonista trágico.

El cuidado histórico con que este elemento y esta realidad están evocados y recogidos en el libro de Ibarguren, el deleitoso primor literario con que en tantas páginas están subrayados, demuestran que el autor funda en ellos la realidad rosista. Y al fin y al cabo, Manuelita, la hija del dictador, de la que, según Capdevila "emanaba un efluvio de dulzura y de voluptuosidad", ¿no es como el eco de aquel recóndito contraste trágico?

Así, pues, demasiado de prisa se afirmaría que Ibarguren, en este libro que aca-

so, entre todos los que se han escrito sobre Rosas, y, desde luego, entre todos los que yo conozco, es aquel en que menos cruelmente se trata a D. Juan Manuel y en el que más se intenta destacar lo admirable que hubo en su labor tenaz, es el intento de una reivindicación del tirano. Con no ser tanto, es algo más. Es nada menos que el reconocimiento y la reivindicación de una fatalidad histórica. Es, por tanto, en cierto modo, la nación puesta en pie, arrastrando en su ímpetu ascensional a sus propios forjadores. Es la tragedia—el drama lo llama Ibarguren peyorativamente—de uno de esos forjadores sobre el que actuaron el desorden y la algarabía de su época.

Aparte los valores intrínsecos del libro como tal obra histórica, este aspecto ecuánime y en cierto modo vindicativo le presta, además de una alta significación de verdadero sentido histórico, una trascendencia nacional.

Hemos hallado ya en este libro de Ibarguren aquellas perspectivas que echábamos de menos en la anterior bibliografía rosista. El panorama cierra el círculo completo, rotundo, decisivo.

Gracias a esta concepción y a este criterio, a este método y a este arte en este libro se dibuja con mayor relieve que en otros muchos y alienta con más auténtico jadeo vital e histórico la figura de aquel héroe del desierto, de quien puedo decirse esta frase que Ibarguren gusta de repetir: "Cuando Su Excelencia se río no perdona".

\*\*\*

No tienen estas cuartillas ninguna pretensión de crítica histórica ni literaria. La importancia del libro, dentro del enorme interés del tema que trata, exigiría de un crítico—desde luego, más preparado y con mayor autoridad que yo—más detenimiento y prolijo y minucioso examen.

Pero convenía acaso, en esta hora argentina y en este momento mundial, destacar los méritos intrínsecos y la ejemplaridad estética y docente de un libro como este de Carlos Ibarguren, tan atento, sin claudicaciones de ninguno de los ideales básicos y fundamentales del autor, a la vindicación de la verdad histórica y sobre todo—y esto es al mismo tiempo lo más emocionante y lo más científico—tan atento a darnos una visión de hombre. Al fin y al cabo, la verdadera historia no es más que humanidad. La Historia es una tragedia con dos solos personajes, la Fatalidad y el Hombre.

Experto y artista, tan capaz de crear como de hacer erudición, Carlos Ibarguren es un gran historiador. Y su libro sobre Rosas la prueba más brillante e irrefutable de esta afirmación. ¡Ojalá algún día se me logre el propósito de dedicarle un amplio ensayo! Mientras tanto, voy hacia el autor, con pasión y con desinterés, mi fervido aplauso.

RAFAEL MARQUINA

## La Política y un Político

Por Teófilo Ortega

Prólogo de Federico Santander

Epílogo de Santiago Alba

Este libro interesantísimo aborda todos los problemas de la actualidad española y señala normas para la creación de un futuro político hispano.

5 pts.

C.I.A.P. Librería Fernando Fe  
Puerta del Sol, 15. MADRID

## "UN HOMBRE DE NUESTRO TIEMPO"

Por Constantino Suárez (Españolito)

Esta gran novela contemporánea presenta un tipo de hombre nuevo de acuerdo con la realidad actual. Novela interesantísima por su asunto, por la profundidad de su pensamiento.

5 Pesetas

C.I.A.P. Librería Fernando Fe,  
Puerta del Sol, 15.—MADRID

# Panorama de la literatura uruguaya

Por JOSE MORA GUARNIDO

## Otros novelistas y cuentistas:

Vicente A. Salaverri, con sus obras *Este era un país...*, *El hijo del león*, *El manantial*, se inició en la narración realista campesina del tipo realizado por Reyes y Javier de Viana; pero pronto las actividades periodísticas, más apremiantes, lo han alejado del camino. Salaverri ha abandonado, al parecer, la obra de creación para dedicarse solamente a la labor informativa en los diarios, de la que no sabemos tenga el pensamiento de regresar a la más grata, pero menos productiva, producción literaria pura.

Alfonso Espínola insiste, con ahínco y voluntad, perforando la corteza pintoresca de los residuos raros de lo gaucho para buscar la esencia de esa vida pasada y dar a sus relatos gauchescos que tienen algo más de lo conseguido por Viana y por Reyes, calor de humanidad, tradición y aspiración de futuro. Sus *Cuentos gauchos* están llenos de sinceridad y emoción y están expresados en forma concisa, apretada, verdaderamente popular. Es un escritor poco fecundo y desdenoso del éxito editorial.

Victor M. Dotti ha publicado un libro de cuentos también de tema popular, bajo el título general *Los alambreadores*. Obra de iniciación, posee, sin embargo, valores propios, originalidad y fuerza. Empieza a notarse en Dotti la influencia, que será beneficiosa desde luego, de los modernos narradores rusos.

Alberto Lasplaces, con *El hombre que tuvo una idea*, ha acometido la narración ciudadana, iniciativa que, como la de Manuel de Castro, está esperando seguidores, pues la mayor parte de los cuentistas y novelistas uruguayos, a excepción de éstos y del malogrado Bellán con su único libro *El pecado de Alejandra Leonard*, prefieren el tema campesino. Sin embargo, sólo de Castro se sabe que insiste en su orientación, lo que es más inexplicable si se piensa que en la vida de Montevideo hay ya un verdadero filón para novelistas y narradores que sepan hallarlo.

Mercedes Pinto, escritora española transplantada al Uruguay, ha dado con su novela *El* el único ejemplar que en este ambiente hay de narración autobiográfica. Su obra es de gran interés y emoción y un vigoroso esfuerzo de transcripción en forma verdaderamente bella, cuidada y velada, de una vida llena de amarguras y terrores al lado de un hombre tarado por la paranoia.

Más interesante que todos éstos, y desde luego más inquieto y moderno, es Luis Jordano, autor de un pequeño volumen de cuentos y de una novela breve titulada *Luciano y los violines*. Pero es una figura que todavía no ha hecho sino presentar la letra inicial de una obra cuyos alcances no pueden todavía preverse.

## LOS AUTORES TEATRALES

José Pedro Bellán.

El Uruguay no tiene fortuna con sus autores dramáticos. Es el género en el que se han perfilado personalidades más vigorosas; pero ninguna de ellas ha llegado a granar. Solamente podría recordarse una excepción: Vicente Martínez Cuitiño; pero este autor teatral emigró demasiado pronto a la Argentina, y si por la partida de nacimiento es uruguayo, por su obra no puede decirse lo mismo. Los demás autores uruguayos han muerto antes de la madurez.

Las dos primeras figuras que se inician en el teatro uruguayo con obra orgánica y valorable fueron Florencio Sánchez y Ernesto Herrera, muertos, el primero poco después de los treinta años, y casi en la adolescencia el segundo. Florencio Sánchez dejó siquiera algunos dramas bien terminados por los que será considerado siempre como la primera figura inicial del teatro rioplatense, y se disputarán la gloria de haberlo tenido, dos

naciones. Herrera no tuvo tiempo de tanto y de él sólo ha quedado, como verdadera obra realizada, un hermoso drama de ambiente uruguayo, *El león ciego*. Y como obediendo a un fatal destino nacional, el mejor autor uruguayo de estos tiempos, el que, siguiendo la tradición iniciada por Sánchez y Herrera, e incorporando a ella todas las novedades de la época, había llegado a madurar la mejor y más valiosa obra personal del teatro uruguayo, José Pedro Bellán, murió todavía joven, en la plenitud de su capacidad creadora, el año pasado.

*Dios te salve, La ronda del hijo, Centinela muerto, Interferencias* (sin estrenar esta última), son las piezas teatrales más celebradas, escalonadas según el tiempo de su aparición, el éxito de público obtenido, y acaso su mismo valor. Las compañías teatrales rioplatenses las mantienen en su repertorio—excepción la última—y acaso alguna vez las recojan, que harían bien en hacerlo, las compañías españolas que vienen por aquí. Bellán no hace teatro local típico, ni mueve los resortes convencionales de este ambiente para producir un efecto, externo al menos, de preocupación nacionalista. Su teatro es de interés humano y universal, y los problemas que en él se plantean son los que pueden plantearse en todos los países, en nuestros tiempos.

Impresionado vivamente por las nuevas orientaciones del teatro, capaz de comprender y de emprender todas las renovaciones, empezaba el camino. *Centinela muerto* es por su asunto y por su realización un sorprendente avance. Se sale del canon de la comedia francesa de conflicto vulgar en el que han adquirido sus facultades expresivas la mayor parte de los otros autores de estas latitudes. Está animada esta obra—directa y certera—de una profunda y ardiente vitalidad. Los personajes y los hechos son de una autenticidad impresionante. Es el padre que moldea severo e inexorable a los hijos para crearles una posición en la vida y que va al mismo tiempo, sin darse cuenta, secando las fuentes de la cordialidad en los hijos, mientras en él en cambio son cada día más frescas y jugosas. Se encuentra al final con que los hijos han seguido realmente el camino por él marcado; pero en su ruta ni hay una mirada de gratitud ni de comprensión hacia atrás, hacia él. No le queda más refugio que una seca soledad, contemplando desde ella, encastillado en su severo prestigio, ni arrepentido ni satisfecho, la existencia que ha creado a los demás y de la que no participa.

Lástima grande, para la literatura teatral uruguayo, que la muerte haya cortado la carrera firme y segura de Bellán, y precisamente cuando, alcanzados los recursos de experiencia y de estilo necesarios, el autor desaparecido comenzaba a sentirse en condiciones de mover con mayor holgura y audacia las figuras, cargadas de sentido humano, de su retablo de imaginaciones.

## Otros autores teatrales:

A pesar de la dificultad que presenta el ambiente uruguayo, por falta de compañías propias, para el estreno de la producción teatral, abundan los escritores que con fortuna más o menos favorable han frecuentado la literatura escénica. Carlos María Princivale (*El toro*), la escritora española Mercedes Pinto (*Un señor cualquiera*), el doctor Imhof (*Eutanasia*), Carlos Salvagno Campos (*La salamandra*) y otros, forman un conjunto de autores que, de haber mayores facilidades de representación, dedicarían mayor afán al género, ahora poco agradecido, con resultados probablemente más brillantes.

## PENSADORES Y ENSAYISTAS

Carlos Vaz Ferreira

Vaz Ferreira es considerado por la juventud uruguayo como su maestro; algo así, aunque la semejanza no sea muy exacta, como el Giner de los Ríos del Uruguay. La diferencia fundamental está en que Vaz Ferreira ha definido, sin hacerlo, lo que Giner

realizó prácticamente sin ocuparse de definirlo. A estas alturas, nadie niega en España la influencia de Giner en la reforma de la Universidad española, que se ha realizado de hecho en lo fundamental y vital, aunque la Universidad siga en España con la misma reglamentación y estructuración externa—oficial—que tenía a principios del siglo. De Vaz Ferreira puede decirse que ha definido teóricamente, en planes llevados de un lado para el otro en exhibición palabrera e inútil, una reforma que en la práctica no está ni en comienzo de realización.

Esto aparte, la juventud uruguayo ve en Vaz Ferreira, y no sin razón, un maestro que se caracteriza por la viva instancia a la curiosidad y a la inquietud espiritual. Crear en los jóvenes estudiantes el fermento del conocer, llevarlos al estudio y meditación por su propia cuenta, obtener de ellos la tensión máxima hacia la ciencia o el arte ha sido su ideal.

Vaz Ferreira ha expuesto en varios volúmenes, constituidos por las versiones taquigráficas de sus cursos de conferencias, sus teorías filosóficas y artísticas. Son los volúmenes más celebrados los que se titulan: *Lógica viva, El problema de la tierra, Moral para profesionales...* Pero en donde con más intensidad se siente la presencia del maestro no es en la lectura de esos libros, que no constituyen en el fondo sino una parte mínima de su obra, y se nota en ellos siempre esa frialdad que tiene la conferencia, oración improvisada, al cuajar, sin gracia y sin estilo, en la copia taquigráfica inexpressiva; es en sus mismas conferencias regulares de la Universidad, a las que asiste un vasto público de intelectuales, de artistas, de obreros, de simples curiosos... Lentamente, Vaz Ferreira va desgarrando ante este público heterogéneo, atento y devoto, su meditación, acaso de muchos días, sobre un tema de arte, de sociología, de filosofía, procurando proyectar el interés de los oyentes hacia sus diferentes aspectos hasta conseguir cercarlo y profundizarlo en todos los sentidos.

No se trata de un conferencista brillante y ameno. Cuesta trabajo seguirlo. Si su frase es parca y certera, su dicción, en cambio, es irregular y premiosa. Es muy aficionado a las digresiones: algunas veces, una conferencia entera no es otra cosa que una digresión. Pero con todo ello, es de sumo interés oírlo, por la variada serie de matices que da a sus expresiones, por la justeza de valoración que hay en la mayor parte de sus juicios, por la finura, espontaneidad y riqueza de sus atisbos.

Si su obra fuera más vertebrada y orgánica, alcanzaría una virtualidad muy superior a la de mero "fermento" que voluntariamente le ha dado él mismo. Crea, en efecto, la inquietud y el ansia de conocer, mas no orienta. Sería sin duda alguna el más intenso y original de los pensadores americanos y el de mayor eficacia constructiva, porque a ninguno como a él lo ha seguido y sigue tan adictamente una juventud, y ninguno ha trascendido actualmente, con mayores prestigios, fuera de las fronteras nacionales. Un poco de timidez y otro poco de falta de ambición (en el más noble sentido del término) lo han dejado a mitad del camino, como un espléndido árbol de cuyas ramas penden como frutos, a millares, las sugerencias. En torno a él puede formarse, recogiendo esos frutos, aprovechándolos y articulándolos, una cultura.

Alberto Zum-Felde

Se dan a la vez en Alberto Zum-Felde el ensayista y el crítico—*Proceso histórico del Uruguay, Estética del novecientos, Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*—y se unen en él la labor reposada, condensadora, con ansias de permanencia, del autor de libros prietos y madurados, y la crítica en artículo periodístico ágil, destinado a la breve vida de un día. Como ensayista, sus tres libros forman la obra más robusta que se ha realizado en el Uruguay con tendencia a dar un concepto lo más cabal posible de la evolución del pensamiento en este pueblo, siendo el de enmedio por razón de su aparición, a saber: *Estética del novecientos*, el más estimable y valioso resumen de las teorías estéticas del pasado siglo, puestas en contacto con las de nuestra época y naturalmente del medio en que el escritor actúa. Más interesante es, sin embargo, re-presenta mayor esfuerzo, mayor originalidad

y mayor acierto realizador, el primer libro, es decir: *Proceso histórico del Uruguay*.

Zum-Felde dejó muy joven la lira—en la época en que todavía se decía por aquí que los poetas pulsaban la lira—por el punzante escalpelo. No puede decirse que sea uno de los críticos del Uruguay, sino que tiene que decirse forzosamente que es de hecho el único crítico. Ha realizado una ruda tarea en donde más se teme que se respete al crítico, y donde, como acaso todavía en muchas partes, en lugar de tenerse por un orientador beneficioso, se tiene al crítico por un amargado cascarrabias, afanoso de poner "peros" a lo que los demás hacen y que él no fué capaz de hacer. Con el tiempo, en torno a Zum-Felde se ha tendido la trinchera de respeto y de autoridad que hoy le garantiza y facilita su acción. La etapa de la polémica, de la lucha diaria en la columna volandera que nace y muere a cada número del periódico, ha pasado. Zum-Felde ya no acepta discusiones; opina, sienta su criterio y lo deja al juicio del mañana, serenamente, sin importarle nada del actual.

Toda la literatura del Uruguay ha pasado por su tamiz; los prestigios han recibido su visto bueno; las medianías su medida. No hay un escritor del Uruguay que en varios años de crítica no haya recibido de él, el único crítico, el "crítico", lo que haya merecido. Esto suscita gratitudes y enojos que no han torcido su opinión ni ablandado su juicio. Para una y otra actitud ha tenido la misma epidermis insensible.

Si a la vuelta de más de una docena de años de crítica Zum-Felde sintió el deseo de plasmar en obra de más vuelo y de mayor solidez sus experiencias acumuladas, al em-

# 3 libros y 8 revistas

por 5 pesetas mensuales

## 8 REVISTAS

- 1 número de "COSMOPO-LIS"
- 4 " de "LA NOVELA DE HOY"
- 2 " de "LA GACETA LITERARIA"
- 1 " de "LIBROS"

## 3 LIBROS

- 1 Volumen de las «BIBLIOTECAS POPULARES CERVANTES».
- 1 Volumen de «EL LIBRO PARA TOLOS».
- 1 Volumen de «EL LIBRO DEL PUEBLO».

Estos libros y revistas ofrecemos en SUSCRIPCIÓN COMBINADA ESPECIAL por SESENTA pesetas al año, que podrán pagarse mensualmente a 5 pesetas.

Además, presentando en cualquier librería C.I.A.P. el recibo corriente de dicha suscripción combinada especial, se obtendrá el 15 por 100 de descuentos sobre el precio de la obra que dese adquirir.

Don..... domiciliado en..... calle de..... número..... desea suscribirse a "Suscripción combinada especial de libros y revistas" durante un año, por pesetas 60 pagando por..... a partir de..... de 1931.

Firma:

C.I.A.P. — Apartado 33, Madrid.

## LA LIBRERIA BELTRAN

envía a reembolso todos los libros

PRINCIPE, 16.—MADRID

peño tenía que corresponder la realización como una cosa natural y como la hacían esperar los antecedentes. Ni había—ni hay—en el Uruguay escritor de capacidad tan probada para acometer la empresa; ni era probable que Zum-Felde, en la labor serena, de sedimentación de juicios, que el libro supone, resultase menos sagaz y certero que en sus crónicas diarias, resentidas a veces de la premura y el apresuramiento de la redacción y caldeadas siempre por la impresión de una primera lectura sujeta a posteriores cambios. La obra ha resultado tal como se presumía, aunque como toda obra de crítica y de crítica sobre valores la mayor parte actuales, tendrá que pasar por la cuarentena del tiempo y dentro de algunos años haya en ella mucho rectificable.

Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura será, sin embargo, un libro duradero, de indispensable consulta para quienes deseen llegar al fondo de esta literatura, hecho por un hombre entregado a la crítica durante muchos años, zarandeado—no podía menos—por las consecuencias del ejercicio de su ministerio, cargado de experiencias, de probidad indudable y de imparcialidad en los juicios y que ha dejado exhausto el tema para bastante tiempo.

Raul Montero Bustamante.

“Correspondiente de la Real Academia Española”, escritor, no profesional, más lector que escritor, gustador de buenos libros, en un amplio escritorio de muebles coloniales, lleno de recuerdos, de cuadros antiguos; afincado a las divagaciones sobre heráldica, investigador de archivos y colecciones, Raul Montero Bustamante prefiere hablar de las cosas viejas del Uruguay antes que de las actuales. Su libro de *Ensayos—Periodo romántico*—es un interesante esbozo de “vidas” de uruguayos ilustres. Anima a estas “vidas” de personas que influyeron en la formación intelectual y política del Uruguay, un gran caudal de referencias conservadas por tradición oral la mayor parte en las viejas familias que Montero Bustamante conoce.

El biógrafo presenta una serie de interesantes personajes y su ambiente; como los personajes son todos más o menos de la misma época, las referencias de ambiente se entrecruzan, forman un laberinto a través del que se ve aquel Montevideo que sostenía un sitio terrible contra las tropas del tirano argentino Rosas, y entre los muros de la ciudad sitiada—romanticismo puro—se realizaban fiestas de poesía, se fundaban ateneos, los paladines se despedían de sus amadas con ardientes poemas, y no faltó la patética presencia en los funerales del paladín caído en la lucha de la amada que depositaba sobre su féretro su cabellera recién cortada. Toda la escenografía, en fin, del más romántico episodio de la Historia americana, se despliega en estos ensayos. Les falta, sin embargo, la animación dramática, una vitalización más jugosa de los hechos y desde luego un estilo más cuidado, para que constituyan obra maestra. Montero Bustamante no es artista; no tiene ni la gracia de la expresión conmovedora ni el mérito frecuente de la frase perfecta, precisa, certera. Es simplemente un buen narrador y un escritor correcto, de pocos matices.

Pero los asuntos de estos ensayos atraen por sí mismos y su selección constituye un acierto innegable. Se salva, además, del olvido en que estaba cayendo una magnífica etapa de estupendos estampones. Los personajes que desfilan, generales, políticos y poetas—y una mujer famosa, en la intimidad de un amor platónico: Manuelita Rosas—son captados con cariñosa solicitud, aunque con líneas demasiado gruesas. En la Bibliografía del Romanticismo este libro de Montero Bustamante ocupará un puesto decoroso.

Eduardo Dieste.

Más que nada, Eduardo Dieste fué el animador de Teseo, y cuando se alejó del Uruguay—ahora es cónsul de Inglaterra—Teseo fué eclipsándose y puede darse ahora por desaparecido. Se deben a Dieste cuatro libros: *Buscón poeta*, ensayo de novela picaresca—resabio de sus estudios de Filosofía y Letras en España—; *El viejo*, drama que intenta, sin lograrlo, dar vida en un ambiente todavía no asimilado, un problema de orden familiar, y dos volúmenes de crítica de arte

bajo el título *Teseo*, como la agrupación de la que fué el principal personaje

Es acaso en la crítica de arte—con la limitación que supone, naturalmente, la necesidad de hablar la mayor parte de las veces por referencias indirectas, librecas—donde se halla mejor el carácter y el tipo de escritor de Dieste. Su crítica, al no poder apoyarse desde luego en un conocimiento directo, tiene que desarrollarse en forma de glosa ondulante que sigue, sin penetrarlo, el tema del artista, y que cuando quiere ir hacia más, hacia la técnica, cae en evidentes errores. Carece de todo poder valorativo. Su punto de partida—unas visitas de joven estudiante al Museo del Prado—resultaba insuficiente para dar a la obra crítica solidez y certeza.

Sin embargo, a pesar de esto, fué la obra de Dieste, en el sentido de llamar la atención y despertar la curiosidad de los jóvenes artistas uruguayos hacia lo que se creía y se sentía en Europa, altamente eficaz y beneficiosa. Puede decirse que el actual movimiento artístico uruguayo, lleno de interés, se despertó al calor de las insinuaciones y simpáticas campañas de Dieste. Ha movido a los pintores y escultores contra el criterio académico oficial y los ha orientado hacia finalidades más a tono con el arte moderno.

Ahora, durante su estada en Europa, Dieste tendrá ocasión de completar con el estudio directo sus indudables condiciones de crítico capacitándose así para una obra que se había detenido en el límite insalvable al que se puede llegar con libros, por muy sagaz que sea el espíritu del que estudia.

EL PERIODISMO

No debe faltar en una visión de la prosa uruguaya la referencia del periodismo. Generalmente, a la mayor parte de los escritores uruguayos los ha captado el periodismo, y como el ambiente uruguayo es desde hace muchos años y seguirá siéndolo para bien, de activa y calurosa polémica política, las mejores manifestaciones del periodismo están en el campo político, batallando diariamente, desde la avanzada o desde la reacción. Hace sesenta años—y aún menos—el periodismo en el Uruguay era una arriesgada milicia de cultura: el periodista, como el misionero de Indias, estaba constantemente expuesto a perecer víctima de la acochanza cerril. Tuvo sus mártires: Florencio Varela, mandado asesinar por el tirano Rosas, o Lecoque, medio asesinado por los secuaces del tirano Santos de una paliza. Con tales antecedentes, no será de extrañar que la profesión constituya aquí, como en ninguna parte, honroso oficio, con sus riesgos y sus exigencias de cierto espíritu de sacrificio y heroísmo.

El periodismo uruguayo es generalmente anónimo y con preferencia polemizante. Polemizan desde *El Bien Público*, los católicos; desde *El Plata* y *El Diario del Plata* y *El País*, los “blancos”, es decir, la reacción política, y finalmente desde *El Día* y *El Ideal*, los “batllistas”, grupo “colorado” de avanzada. Y aunque hay un periódico que se titula *Imparcial* y del que podría esperarse por su título la polémica contra todos, el “contra esto y aquello” de Unamuno, éste es el único que no polemiza porque interpreta lo de “imparcial” en el sentido de no reñir con nadie.

Rara vez aparece en la prensa una firma; pero es tan vigorosa la personalidad de los polemizantes que se les descubre sin necesidad de marca y se les conoce. Y cada uno de ellos tiene su público especial que sigue diariamente el violento diálogo cortado no pocas veces con la intervención de los padrinos—el duelo tiene estado legal—, el sable o la pistola.

Terminemos estas noticias con la silueta de dos personalidades periodísticas típicas, la del más saliente de los políticos y la del caso único del periodista literario puro.

José Batlle y Ordóñez.

El ex presidente Batlle y Ordóñez fundó su periódico *El Día* para combatir con él la dictadura del general Santos—1886. Hizo después en este diario, y en *El Ideal*, aparecido más recientemente, todas las campañas de su vida política. Para Batlle, el periodismo no fué sino un medio; pero un medio que en sus manos llegó a una perfección extremada. Propagandista valeroso, preciso y claro, para ser comprendido por la mayor

cantidad posible de lectores, Batlle, que hacía sus campañas por medio de pequeños artículos, pulía y concretaba cuidadosamente la frase hasta hacerla de una luminosa transparencia. Llegó a ser un verdadero e indiscutible maestro de claridad y de eficacia periodística.

Se podrían hacer estupendas antologías con los artículos que forman sus campañas más salientes. La que sostuvo contra el general Santos, con la redacción constantemente amenazada por los cachiporreros de la época y el revólver sobre las cuartillas a guisa de pisapapel. La que sostuvo contra la pena de muerte, que logró hacer suprimir en el Uruguay durante su primera presidencia. La a favor del divorcio. Sobre la jornada obrera de ocho horas y el descanso semanal. Contra el servicio militar obligatorio... Cualquiera de estas series de artículos merecería la edición en un volumen, para aprendizaje de literatura profesional.

Hay en esta obra, en todos los momentos, la belleza de lo justo, de lo tolerante expresivo, de lo que no peca ni de más ni de menos. Y hay además un caudal de doctrina política doblemente interesante, si se tiene en cuenta que esa labor de un periódico ha tenido la trascendencia milagrosa de moldear una nacionalidad y hacer de ella la más interesante y avanzada del continente americano.

Antonio Soto (Boy).

Es éste probablemente el único caso de periodista que no es nada más que periodista. Podría llamarse con toda razón el único cronista ameno del Uruguay. Antonio Soto (Boy) es andaluz, gaditano; pero su amenidad, su humorismo, su gracia no son muy andaluzas. Está más cerca de Wenceslao Fernández Flórez o de Camba; resulta más gallego que andaluz.

Con malabarismos de trampa oculta en lo recóndito de la gracia, Soto alinea los sucesos diarios y los pone ante el espectador desde todos sus aspectos grotescos y risibles; pero sin ensañamiento innecesario. El comentario lo hace con fluidez y soltura, desde el contorno del proceso como comienzo, hasta una leve asomada a su profundidad.

Algunas veces, Soto colecciona varios de sus artículos más felices y los edita en volúmenes que siempre son releídos con interés porque su gracia es más duradera de lo que puede esperarse de la fugaz vitalidad periodística.

Los “suelistas” políticos:

Diariamente está abierto el debate en las columnas de los periódicos. Enumerar a los hombres que se destacan en este torneo interminable daría lugar a una lista excesiva. Sacar solamente unos cuantos nombres sería sin duda injusto. El sueltista político abunda por aquí como por ninguna parte. Está perfectamente entrenado para la polémica. Generalmente es un parlamentario que usa el “suelto” cuando el Parlamento está cerrado, o para remachar los clavos y ratificar dicho en las sesiones, cuando está abierto. El tiroteo es de cada mañana y cada tarde, aunque parezca incierto, dada la mala fama que los artículos de fondo tienen en España goza esta batalla del mayor número de lectores, que la “baleonean” entusiasmados. El primero que se lee en los diarios de aquí son los artículos de fondo, porque está en ello lo más jugoso, interesante y apasionador de todos ellos.

Los cronistas:

El periodismo político ha dado un golpe muy sensible al periodismo literario. Aunque sea lamentable, hay que reconocerlo como un hecho. Hubo en el Uruguay admirables cronistas que ahora no suenan para nada. Manuel Bernardes, Antonio Bachini, Daniel Muñoz entre otros, se han ido eclipsando. Quedan todavía algunos cronistas deportivos y de sucesos policiales—Lorenzo Batlle Berres entre ellos—que han conseguido dar su labor un indudable y estimable valor literario. Hay un excelente evocador de pasado sucesos—José L. Gomansoro—que cada día como Répide, recuerda el “cualquiera tiempo pasado...” Reporteros ágiles, intérpretes certeros del pensamiento de los personajes que pasan por esta tierra o de los sucesos que ocurren en el mundo, hay muchos. Pero la premura con que se trabaja seca pronto las gracias del estilo. Esta escuela de cronistas cotidianos, forzados de la obra diaria, no puede ser—hay que confesarlo—buen vivero de buena literatura.

También el autor de este panorama es periodista y también a él le alcanzan las cualidades, más malas que buenas, que quedan anotadas.

José MORA GUARNIDO

Montevideo, marzo 1931.

Valencia acaba de erigir un monumento a Simón Bolívar

No es posible ignorar la vida novelesca de este gigante español nacido fuera de España, que ahora se reintegra en el hogar de sus padres.

- F. LARRAZABAL.—*Vida del Libertador Simón Bolívar*. (Edición modernizada con prólogo, notas y capítulos enteros de R. Blanco-Fombona). 2 vols. 8'50 pesetas cada uno.
- J. D. MONTALRE.—*El ideal político de Bolívar*. 2 vols. 4'75 cada uno.
- G. A. SHERWELL.—*Simón Bolívar, el Libertador*. (Traducido del inglés por R. Cansinos-Asséns). 5 pesetas.
- LUIS PERU DE LACROIX.—*Diario de Buscaramanga, o Vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*. 5 pesetas.
- CARLOS PEREYRA.—*Bolívar y Washington*. 5 pesetas.
- D. F. O'LEARY.—*Bolívar y la emancipación de la América del Sur*. (Traducida por su hijo Simón B. O'Leary). 2 vols. 12 pesetas cada uno.

Pedidos a Editorial América o a C. I. A. P. APARTADO, 33 - MADRID. LIBRERÍA FERNANDO FE - Puerta del Sol, 15

# REVISTA DE REVISTAS HISPANO-AMERICANAS

## LA "CASA DE LAS ESPAÑAS" EN NUEVA YORK

En los diez años de trabajo y de vida el Instituto de las Españas se ha convertido en el centro más importante de difusión de la cultura hispánica en los Estados Unidos: cursos de conferencias, una serie de publicaciones seleccionadas entre las mejores obras de erudición, ensayo y literatura producida por autores dedicados al hispanismo, becas para España y los países hispanoamericanos, viajes de turismo y de estudio a dichos países, organización y coordinación de los Clubs de Español de todos los centros de enseñanza y otras variadas actividades que requiere la complejidad de la vida cultural moderna, han nacido y se han desarrollado con excelentes resultados bajo los auspicios del Instituto.

Recientemente, el presidente y la Junta de Síndicos de la Universidad de Columbia, a la cual el Instituto ha estado unido desde su fundación, reconociendo la trascendencia de la obra realizada, tomaron el acuerdo de dotar a nuestra organización de una "Casa de las Españas" análoga a las casas de otros países — "Maison Française", "Deutsches Haus" y "Casa Italiana"—, que ya funcionaban dentro de la Universidad, y de poner al frente de ella al ilustre profesor de español don Federico de Onís, a cuya inspiración y constante entusiasmo se debe en gran parte el éxito obtenido.

Otro de los planes de los directores del Instituto es el de organizar periódicamente en la "Casa de las Españas", o en otro local apropiado de la Universidad, Ferias y Exposiciones del Libro de los diferentes países de habla española y portuguesa.

(Boletín del Instituto de las Españas,  
Estados Unidos.)

## ARTE Y REVOLUCION

La conclusión a que podemos llegar es que la influencia de la revolución en las letras y las artes ha sido decisiva; se señala principalmente por el acrecentamiento del gusto y sentimiento populares extendidos a todas las clases, un nacionalismo que antes no existía o no se hallaba perfectamente definido, y un ansia constante de renovación en métodos, en normas, en formas y en contenido espiritual. Sobre todo, para la pintura, la música popular y la poesía, la influencia ha sido tan cabal que ha dado origen a movimientos en estos órdenes, que de otra manera no hubiesen llegado a existir.

(Crisol, Méjico.)

## NACIONALISMO REVOLUCIONARIO

La cuestión agraria es el más grave problema del nacionalismo peruano, porque afecta a las tres partes de nuestra población.

Nuestro nacionalismo no puede ser una amarga etiqueta usada en todos los cotra bandos políticos, sean éstos los que explotando esa denominación representan únicamente la cleptomaniaca y voraz apropiación del presupuesto fiscal o las más irresponsables y turbias ambiciones pretorianas.

El nacionalismo peruano está formado por las aspiraciones creadoras de los pueblos que forman el Perú; radica en la vida de la nacionalidad y está definido por ideales colectivos de justicia y de libertad, forjados en el sustrato: un genio y político de todo el país. Hay que desconfiar, en consecuencia, de las protestas de los nacionalistas que suelen hacer nuestras aisladas oligarquías políticas, interesadas solamente en un explotar y oprimir al pueblo.

La burguesía criolla y las oligarquías políticas, constituidas por elementos retrógrados y enemigos de la justicia, creen que el nacionalismo peruano debe ser un culto del pasado, anhelo y nostalgia de coloniaje español o de teocracia incaica, cuando no simplemente, la pútrida conservación de nuestro injusto orden social desenvuelto a la sombra de un ya farsaico y acomodaticio espíritu liberal burgués.

A ese falso nacionalismo convencionalista, que pretende orientar a la opinión pública y que dirige sus miradas hacia el pasado, conservando las injusticias del presente, procurando esmeradamente sofocar las esperanzas renacientes de las impulsiones vitales del pueblo peruano; ese nacionalismo sin sed de porvenir y de justicia y que está nostálgico de las glorias muertas, bajo la fascinación desencantada de los recuerdos históricos, tenemos que oponer la libertad libre y propulsora de un nacionalismo

revolucionario en cuyo espíritu palpitan los gérmenes nuevos de las que han de ser, en el Perú, mejores realidades sociales del futuro.

(Claridad, Perú.)

## ALREDEDOR DE LA NUEVA POESIA

La poesía nueva intenta, más que otra cosa, valorizarse por la música que resulta de la aproximación de las palabras que, a falta de relaciones lógicas, las tienen de color y de sonido. Esta forma es la más noble y la más difícil: es la poesía pura. Continúa en cierto modo, y en su parte esencial, la tradición de la más alta poesía de todos los tiempos.

Pero sucede en la poesía pura una cosa muy singular: no aparece, por lo menos no ha aparecido hasta este instante, sino en versos aislados, versos que vienen a ser en el poema como el fruto o la flor. No he leído jamás una composición poética cuyos versos fueran todos de esa calidad; en los estudios sobre la materia no he encontrado más que citas de un solo verso. Esto pudiera hacer pensar que la poesía pura está constituida sólo por el motivo del poema, por el motivo puro, y que no es sino la cifra alrededor de la cual se desenvuelven operaciones que la prestan ambiente graduando el sonido y la expresión hasta llegar al climax que representa el verso fundamental. Pero esto, que indudablemente sucede en algunos poemas, sería caprichoso fijarlo como norma general.

(Ateneo, Chile.)

## LA LENGUA ESPAÑOLA EN PUERTO RICO

Muchos y diversos los aspectos que nos ofrece la enseñanza del español en nuestras escuelas. Uno de ellos, el bilingüismo, ha monopolizado, en la actualidad, el interés de la opinión pública y de los educadores, y aunque convenimos en su capital importancia, nos parece que hay otros problemas que precisa resolver de antemano, más urgentemente. No soslayamos el tema del bilingüismo; volveremos a él en otra oportunidad. Precisamente porque el español de Puerto Rico está sufriendo la influencia de una lengua extraña, nos importa que se dedique el máximo cuidado a la enseñanza del vocabulario, de la pronunciación; de la morfología, de la sintaxis de la lengua española. No es necesario aquí la conveniencia del conocimiento fonético de la propia lengua, sobre todo cuando—como en el caso del español de Puerto Rico—el dialectalismo, el vulgarismo y el extranjerismo la amenazan continuamente. Tampoco es necesario indicar que la pronunciación correcta es indicio de buen gusto, de pulcritud, de refinamiento, de cultura, en suma.

La observación nos induce a creer que la pronunciación es el más descuidado de todos esos problemas lingüísticos que nos preocupan. Observamos que estudiantes y maestros—con las excepciones de rigor—pronuncian, con evidente desaliño, los más despreocupados, o con afectación notable los cuidadosos de su propia expresión. Ni desaliño ni afectación pueden tolerarse dentro del concepto de la pronunciación correcta. El ideal, la norma justa que debe regirnos en materia de pronunciación, está condensado en estas palabras del anónimo autor de la Epístola Moral a Fabio:

"Un estilo común y moderado  
Que no lo note nadie que lo vea".

Es decir: nada vulgar, nada chocante, nada afectado; algo tan natural y sencillo que no pueda llamar la atención. Para alcanzar este ideal conviene que se ajuste nuestra pronunciación al modelo que nos ofrece el habla culta de Castilla—en este caso "meridiano" indiscutible—, que es la consagrada por la tradición ortográfica y por las manifestaciones artísticas del lenguaje.

Generalmente la pronunciación que se adquiere en las escuelas de Puerto Rico acusa, por una parte, indiferencia respecto de ciertos defectos muy arraigados, tales como la confusión de R y L; la aspiración de la S final de sílaba y de palabra; la RR uvular; la confusión de LL e Y; la velarización de la N final de palabra; la aspiración de la J, etc. Nos interesan más otros defectos que proceden de una interpretación ortográfica y etimológica muy ceñida de la pronunciación, y que imprimen a ésta un sello de afectación chocante. Estas interpretaciones falsas son en la mayoría de los casos adquiridas y no espontáneas. Por lo tanto, serán fáciles de evitar si el maestro se encuentra bien orientado.

He aquí los defectos de pronunciación que he observado:

- 1.—Pronunciación labiodental de la V.
- 2.—Pronunciación de X como KS, en todos los casos.
- 3.—Pronunciación de la M final como tal M.
- 4.—Pronunciación sorda y silbante de la S en el grupo SRR.
- 5.—Pronunciación de los grupos CN y CC como KN y KZ respectivamente.
- 6.—Pronunciación vocálica de la I en el dip-tongo inicial IE.
- 7.—Pronunciación de la B en obscuro, substráer, substancia, substituir; pronunciación de la S en el grupo inicial PS; la de la P en el grupo PC.
- 8.—Pronunciación plena de P, T, K, finales de sílaba.

La pronunciación culta española rechaza, por afectadas y artificiosas, todas esas formas que aquí en puerto Rico se explican por un deseo laudable, aunque equivocado, de corrección. El español huye siempre de las formas duras y complejas, y tiende a la sencillez y a la economía de esfuerzo. Cuanto más natural y fácil sea la pronunciación, mayor y más eficaz será la elegancia expresiva.

(Índice, Puerto Rico.)

## EL FERVOR REBELDE DE LA AMERICA DEL SUR

Para la sociedad capitalista—tronco muerto de la sociedad cristiana—el dinero es la medida del valor de las cosas y del esfuerzo de los hombres; a su alrededor danzan éstos olvidando restantes valores humanos que en otras épocas vieron brillar.

Fácil fué al judío genial Marx descubrir que el dinero era cáscara vacía e inhumana y que debía existir una medida justa del valor real de las cosas o bienes económicos. Y encontró el trabajo. El valor de las cosas equivalía a una suma de unidades de trabajo, y la sociedad era una acumulación de esas unidades materializadas en mercaderías y destinadas a mantener sojuzgado al proletariado bajo el dominio de la burguesía.

Pero ya es hora de preguntarnos qué significa el trabajo. Para los marxistas es una palabra intangible, invariable, sagrada. El trabajo ha creado una filosofía, ha inspirado un arte y ha provocado la más intensa revolución social que registra la historia.

Ocho horas de trabajo son ocho horas de trabajo siempre, y en todas partes del mundo, según esa filosofía. Y desde el punto de vista económico como del espiritual, tal afirmación carece en absoluto de sentido.

Creemos en una sociedad basada en el trabajo y luchamos por su advenimiento. Creemos que es consigna obligada de los espíritus de la época luchar por la destrucción de la tiranía del dinero que en la burguesía se esconde bajo la hipocresía de la democracia. Mas tenemos derecho a preguntarnos después, al ver florecer a la ciencia, al arte y a la nueva política, si además del trabajo, si más adentro del trabajo, si en el fondo mismo de la vida palpita algo íntimo que sea el valor real de las cosas y del esfuerzo de los hombres, y entonces debemos convenir que el trabajo sin el fervor, que la vida sin la pasión, no tienen significado, y que el trabajo, como la mujer, debe ser fecundado para dar frutos y merecer.

Pues bien, es necesario que de una vez elevemos el fervor a la categoría de valor universal y comprendamos que despertar a nuestro pueblo dormido es asunto de tal trascendencia que reduce a la nada a cuanto disquisición o acción se realice con otras miras superficiales.

He aquí por qué es de positiva necesidad la presencia del maestro inspirador frente a la negación personificada en el político seco atenido a viejas normas. Queremos personalidades fuertes que nos den una imagen de lo que debe ser el tipo argentino, almas apasionadas que nos contagien su pasión para quemarnos en su mismo fuego. Queremos, en fin, trabajar sobre carne y alma humanas, no sobre conceptos que nada dicen o sobre imposiciones que no atan al espíritu.

(Brújula, Argentina.)

## LOS ESPAÑOLES EN EL BRASIL

Es de dominio general que los españoles son considerados en el Brasil como unos de los mejores braceros. Económicos y sensatos, respetuosos y activos, se han demostrado en el Brasil como inmejorables elementos de orden y de progreso, fertilizando con el esfuerzo de su trabajo no pocas regiones brasileñas.

Dada la clase de elemento inmigratorio español y a que la principal fuente de riqueza de España es la agricultura y la minerología, nuestro obrero, preparado en aquel ambiente, siente la necesidad de su vida en los centros urbanos como el esparcirse por todo el territorio brasileño, en todo trabajo, dedicado también a las faenas mecánicas. Sobran demostraciones, porque el Brasil todo constituye la más elo-

cuente, tanto Estado de Sao Paulo como también otros diversos Estados.

Sao Paulo ha sabido, con su propaganda, atraer a más de 300.000 españoles, que denodadamente desbravaron sus bosques vírgenes, cimentando la riqueza agrícola del país, el café, de cuya exuberancia son hoy las principales víctimas.

En Santos iniciaron la plantación sistemática, por los moldes de las Canarias, de los extensos platanales, que al mismo tiempo que representan una gran riqueza en la balanza exportadora, sanearon sus palúdicas tierras, ingente tarea en la que cayeron muchos de ellos y cuyas consecuencias febriles aun sufren algunos.

En la mina de Morro Velho, fuente de oro que constituye el orgullo del Brasil, es de justicia el dejar bien patentemente señalado que los españoles fueron y son los más y mejores extractores del áureo mineral en aquellas tenebrosas profundidades.

Y no queremos remontarnos a la trágica vía férrea Madeira Mamoré, en cuyas obras perecieron millares de hombres, entre ellos tantos españoles, hasta que en el Parlamento español se elevó la voz horrorizada de más de un diputado pidiendo se prohibiese la emigración para el Brasil. Y eso que, en la tétrica Madeira Mamoré, quienes más resistían eran los españoles, venidos en su mayoría de ese otro infierno que era el Canal de Panamá.

Y por todo el Brasil, de Norte a Sur, desde su descubrimiento hasta la formación de su hoy pujante nacionalidad, los españoles fueron los héroes anónimos forjadores de lo que ahí está, que dieron sangre y vida a esta parte del Continente, en colaboración con los brasileños, hijos suyos, y de los hermanos portugueses y de los originarios de otras nacionalidades, de quienes se formó el Brasil, prolongación de la civilización europea, racial y espiritualmente.

Una demostración del alto grado de estima en que son considerados nuestros trabajadores podemos presentarla desde la importante Compañía Light & Power. Esta fuerte entidad, que tanto en el Canadá como en España, en Méjico como en el Brasil, ha sabido despertar a una vida de poder y de progreso industrial y económico a tantos pueblos con la prodigalidad de su ciencia y de su esfuerzo, a lo que Barcelona, Sao Paulo, Rio de Janeiro deben su actual puesto en el mundo, es una prueba del aporte extranjero en su mayor esfuerzo moral y físico, contando entre la mayoría hoy de sus auxiliares obreros nacionales, y entre los extranjeros, a un millar de españoles.

A pesar de los diferentes cortes de empleados que la actual situación viene obligando a la Compañía Light & Power en Rio, Santos y Sao Paulo, podemos asegurar con datos ciertos que todavía el núcleo de empleados españoles ocupados en las secciones diversas de que se compone sobrepasan la cifra de 1.000, y la de hispano-americanos a la de 100. Está demostrado con la puntuación de los algarismos, la eficiencia y consideración conquistada por nuestros compatriotas, desde los lugares más fáciles hasta los que donde el trabajo exige un mayor cuidado y atención.

(Revista Española, Brasil.)

## MAS SOBRE GONGORA Y MALLARME

Se conoce la dificultad que experimentaba Mallarmé, delante de la página blanca, para encontrar el tema. Probable es que fuera la abundancia de asuntos, y no la falta de los mismos, lo que lo encadenaba. Para él, cuyas miradas estaban siempre dadas vueltas hacia adentro, y a quien el mundo exterior no interesaba nada más que en la medida según la cual él no sentía capaz de interpretar tal u otro estado de su alma, todo espectáculo entrevisto, todo acontecimiento de la vida cotidiana, podría transformarse en materia para el desarrollo poético. Es por eso que, fuera de algunos poemas extensos, la mayoría de sus sonetos y canciones son composiciones de circunstancias. Son precisamente las alusiones que contienen las que hacen su lectura a veces molesta.

En cuanto a Góngora, sus contemporáneos y la crítica española moderna han sido unánimes en reprocharle la ausencia de la idea y del objetivo poético. En efecto, si el *Polyfemo* posee un argumento concreto, las *Soledades* carecen de asunto.

La mayoría de sus sonetos, romances y poesías burlescas, son piezas de pura circunstancia. Es por eso que a menudo la alusión contemporánea que es para Góngora lo que la alusión personal es a Mallarmé, agregándose a las dificultades del vocabulario y de la sintaxis, hace que más de una de sus creaciones no pueda ser comprendida sin el debido comentario aclarador. Pero fuera de eso, ¿qué partido ha sabido sacar de las circunstancias más insignificantes!...

Se cometería error, por lo demás, el ir a buscar trato en uno como en otro, el argumento de las composiciones y pedirle las ideas; no pueden ofrecer más que imágenes. El argumento, las ideas, les han servido a los más como pretextos. Mallarmé y Góngora han previsto en su trabajo poético sólo un fin: arrancarle su misterio a las palabras. Y es en ese sentido que se dirigían todos sus esfuerzos.

En síntesis, los puntos de contacto entre Góngora y Mallarmé se reducen a poca cosa. Pero estos acercamientos que uno puede establecer son de una importancia capital, porque ellos emanan del fondo mismo de su obra.

En el uno y en el otro, en la elección de las figuras, como en el vocabulario, la preferencia está orientada siempre hacia el término concreto; término concreto que, salido con preferencia de una paráfrasis, no es necesariamente el término propio. Aquí como allá hay un esfuerzo continuado hacia la materialización de las impresiones, de las sensaciones, emociones, hasta querer hacer otro tanto con las abstracciones puras y el vacío. Y así palabras, al mismo tiempo que las figuras de retórica, están destinadas a construir la imagen. A menudo ellas se encuentran degradadas en su jerarquía; el verbo se convierte en participio y adjetivo; otras veces, entre la riqueza de las cosas reales, eclipsa o desciende en cadencia, al final de la frase poética, donde la imposición se extingue. La palabra enérgica se impone al espíritu, aislada o realzada en valor por medio de inversiones exquisitas y complicadas. Y el sustantivo, encarnación de la materia visible y palpable, domina en toda su pureza, bajo el vidrio de aumento de la hipóbole, o de la servidumbre de los epítetos, que le dan colorido y magníficamente hacen resaltar su deslumbramiento.

Así, a la descripción sustituye la imagen, al relato una serie de metáforas. Y, en lo que concierne a la frase, a través del enredo o remolino ilusorio de los incidentes y los paréntesis ideales, ella es un arabesco que se desliza en línea sinuosa o de súbito se hace abrupta, cortada de silencios, según el ritmo íntimo de las sensaciones y emociones.

Este continuo esfuerzo tendente a despejar de toda cosa a la realidad material aunque instable, y esta larga frase en arabesco es lo que constituye el fondo común de Góngora y Mallarmé. Fuera de esto, la diferencia entre los dos poetas es considerable. El temperamento, la sensibilidad, la educación no son los mismos. ¿Qué importa esto, si tales diferencias se detienen allí donde comienza la creación poética?

(La Gaceta de Montevideo, Uruguay.)

EL ARTE MAYORITARIO

Aunque hay quienes opinan que el arte debe ser un simple juego, entre nosotros tiene, pues, al par que una finalidad recreativa, la de exponer cuanto de noble e interesante presenta la vida nacional, llegando, como es natural en nuestro tiempo, hasta convertirse en inmejorable medio de expresión de las más grandes aspiraciones colectivas, y esto nos parece muy bien. De ahí arranca el fuerte aspecto revolucionario de la producción artística del día y la popularidad que viene conquistando, pues mientras los pintores tradicionalistas se empeñan en seguir pintando cosas bonitas para la gente "chic"—caricaturas de los grandes maestros cuya herencia dicen guardar—, los avanzados ponen capacidad técnica al servicio del pueblo haciendo un arte que podríamos llamar "mayoritario". Al retrato del caballero "pour sang" y de la dama lánguida; al cuadro que trata de glorificar la matanza célebre y a la alegoría adulteraria dedicada a los próceres, suceden hoy las escenas de la vida del taller y del campo, la protesta gráfica, a veces irónica, pero siempre dura, contra la injusticia social, y, en suma, la pintura viril, la pintura macha.

(Crisol, Méjico.)

IMPERIALISMO YANQUI

Es oro, todo el oro del mundo, es lo que se ha vaciado sobre las arcas de los Estados Unidos. Y con él cimentan la expansión sobre el Caribe y más allá del Caribe, sobre la América entera. ¿Cuál de estas patrias nuestras puede decir que está limpia de la imperialización norteamericana? Todas son tributarias del oro que vomitan las bóvedas de los banqueros yanquis. Estos lo hacen fluir libremente, como lo hizo fluir Italia. El mismo Rosemberg dice: "Los romanos llevaron luego sus capitales a las provincias, y cuando, por ejemplo, un municipio griego no podía pagar, además de sus tributos, se encontraba ahora en la necesidad de pagar los usurarios intereses que su acreedor le exigía despiadadamente. Era preciso recurrir a un nuevo empréstito, que obligaba al pago de nuevos intereses. De este modo se creó una situación inextricable que acabó con la prosperidad del pueblo griego. Roma absorbió, como una esponja, todo el dinero, todos los tesoros y valores existentes en el territorio sometido a su poder". En nada se diferencian estos pueblos de aquellos que su destino desgraciado convirtió en provincias romanas.

Toda la visión de quienes guían no va más allá de procurar una prosperidad engañosa, falaz y llena de peligros mayores para la vida de libertad e independencia. ¿Cómo viene esa prosperidad? Con los préstamos obtenidos de los banqueros yanquis. El oro llega, pero no a correr aventuras, sino a cumplir un plan perfecto de dominio. Por esto los prestamistas

de la Roma actual escogen e imponen las garantías que nuestros países deben dar a su oro. Y como lo que interesa es el préstamo, nada contiene la cesión de cuanto recurso económico tiene a su disposición el que implora. De esta manera cada país de la América nuestra ha ido poco a poco dependiendo de la voluntad del banquero Waldo Frank, por la política del Departamento de Estado.

Esa política impulsa también las inversiones hechas por las Compañías norteamericanas en toda suerte de explotaciones. Saben los que moldean el nuevo Imperio que una organización que se adueña de las rutas aéreas, de la electricidad, de las tierras, de las instituciones bancarias, de los medios de transporte en general, es un medio eficaz que la conquista debe estimular y amparar. Con préstamos de banqueros y con inversiones de Compañías van los Estados Unidos realizando la imperialización de todos estos pueblos. Una vez que la inversión y el préstamo se han consumado, aparece la fila de marinos como respaldo. Ningún pueblo de los nuestros escapa a la presión del marino. Ningún pueblo del Mediterráneo se vio libre del soldado romano. El oro que aquellos y éstos dieron no ha redimido de calamidades. Tanto los municipios griegos como las repúblicas de América sólo recibieron ruina con los préstamos. El mismo designio animado de vasallaje ponían los banqueros yanquis. Agotado un préstamo, consumido sin provecho, el resultado natural es la consecución de otro para hacer frente al anterior. En esa cadena van atando su independencia y su libertad los pueblos. Al final se encuentran empobrecidos, frente a una realidad sin el espejismo de la prosperidad pregonada. Los préstamos son así la maldición. Pero son también para la nación que los hace el medio seguro de expansionarse.

Y los Estados Unidos no quieren sino la expansión, el dominio ejercido sobre los países de la América hispana. Conocen cómo somos de fáciles al halago de los empréstitos, cómo no miramos sino la prosperidad presente, cómo entregamos por la comodidad del momento todo lo que constituye la esencia de nuestra vida decorosa. Aprovechan ese carácter desquidado, y con ayuda de la gente que gobierna van reduciéndonos al vasallaje, van aplicándonos los mismos procedimientos que Roma aplicó al Mediterráneo y más allá del Mediterráneo.

El oro que ha afluído a los estados Unidos necesariamente busca la imperialización. Y estos pueblos la van sufriendo sin que por ningún horizonte se perfila la defensa. Por el contrario, en cada uno de ellos lo que destaca es el ciudadano con ansias de entregarlo todo, de hacer más humillante su condición de tributarios de la nación imperialista del Norte. Parece repetirse fatalmente el destino de las provincias que Roma acaparaba. Nos van arruinando, nos van volviendo colonia con el poder del oro acumulado por fuerzas de dominio. No podemos atribuir la perdición exclusivamente a los gobiernos que piden prestado para despilfarrar. La responsabilidad es común. Tales gobiernos no serían posibles si hubiera pueblos vigilantes. Pero lo que en general vislumbra quien ponga la mirada por encima del panorama de América, es gente abúlica, confiada en las habilidades de aquellos que gobiernan, de aquellos que ejercen el comercio, que son dueños de la banca y de los negocios todos. Esta casta vive preocupada de una prosperidad ficticia. De ahí que mire con indiferencia la atención de ciertos principios que piden no comprometer a un país con préstamos ni concesiones.

Para esa casta lo de interés es que circule dinero, es poner a producir todas las riquezas naturales de un país sin reserva ninguna. Y como sólo el extranjero del Norte es capaz de aventurar su dinero en empresas de tal naturaleza, al extranjero del Norte se entregarán las riquezas.

¿Qué vamos haciendo con nuestra conducta blanda? Vamos sirviendo a los designios imperialistas, vamos imperializándonos.

(Repertorio americano, Costa Rica.)

LA VIEJA PINTURA PERUANA

Dentro de la limitación de sus medios técnicos, la pintura cuzqueña conoció no solamente el retablo religioso sino también el grupo y la pintura de costumbres. Cuadros que representan las bodas de algún magnate colonial; una suntuosa procesión por las estrechas y amuralladas calles de la ciudad, seguida de buen acompañamiento de indios con sus trajes e instrumentos musicales típicos; cuadros de "milagros" donde florece una ingenua fantasía; las abracadabrantes representaciones del Infierno en las iglesias jesuíticas, que contrastan con la humildad de los temas franciscanos, todo ello nos serviría para una reconstrucción animada del espíritu colonial. Y el medievalismo de este arte donde en pleno siglo XVI y comienzos del XVII continuaba la tradición de la Edad Media española. El barroco llega a la América colonial sin el tránsito obligado por el Renacimiento. Así la pintura colonial es más expresiva y formal; el barroco agrega más patetismo y retorcimiento a una tradición que puede emparentarse con la de los primitivos de la Edad Media.

WALDO FRANK HABLA A CUBA

La agitada campaña que el Directorio Estudiantil ha venido desarrollando en contra del actual Gobierno de Cuba, y que ha realizado el milagro de conquistar las más variadas fuerzas populares, ha contado, desde luego, con la clara simpatía de muchos hombres distinguidos del extranjero. Ahora es Waldo Frank el que habla. Ha dirigido al Directorio Estudiantil un mensaje que tiene gran importancia. Y es que la voz de Frank es distinta a otras voces, porque no hay en el extenso territorio del poderoso país del Norte muchos espíritus tan rectos como el suyo, tan bien intencionados hacia nuestras repúblicas.

¿Es acaso exacto tan pesimista augurio? Waldo Frank, yanqui extranjero espiritual en su propia patria, conoce bien la fuerza del imperialismo en Cuba, y sus palabras podrían por tanto, anticiparnos una dolorosa realidad. Si ello fuera así, ¿qué salida espera el movimiento rebelde actual? ¿Han pensado en ello sus directores? ¿Está equivocado Frank?

Porque no hay que hacerse la ilusión de obtener apoyo en el mismo pueblo norteamericano, ya que, como pueblo de mercaderes, no siente la fuerza espiritual de las cosas, y su materialismo exagerado lo incapacita para colocarse frente a su interés.

"Vuestro Gobierno—dice Waldo Frank—es esclavo de intereses financieros irresponsables de los Estados Unidos y del Departamento de Estado de Washihngton, el cual, con cinica hipocresía, está empeñado en una campaña deliberada para imperializar el Caribe entero.

Frank hace bien en decir estas cosas. En primer lugar, él está obligado, por su prosapia espiritual, a gritar al pueblo de los Estados Unidos el daño que hace con su malsana indiferencia. Luego, por rectitud y por honradez está obligado a mostrar los peligros que acechan a los luchadores para que se preparen. Pero no hay que desalentarlos. La lucha es un deber, sin importar que unos caigan. Los estudiantes de Cuba están en su puesto, pero deben mirar tan sólo por el bienestar y la independencia de su patria.

(Crisol, Méjico.)

UN PINTOR DE LA VIDA ARAUCANA

No hace mucho tiempo que Subirats, acompañado de un compatriota, artista también, se dedicó al estudio de los tipos araucanos, en el sur chileno, y que expuso más tarde en los salones de Santiago, junto con otros cuadros de personalidades chilenas y argentinas. El éxito de esa Exposición, el entusiasmo con que fué acogido por el público de Santiago dirán más que nada en favor del artista. Su labor dura y pesada, desarrollada en regiones en donde la naturaleza es poco propicia y llena de inconvenientes explicarán cómo se sobrepona a todo en un artista su lucha por el arte. De nada sirve para el espíritu cuando está poseído de un ideal el contraponerle obstáculos materiales, pues ellos se salvarán a toda lucha.

Ese conjunto de seres que viven diseminados en determinados puntos de América, establecidos en colonias o en grupos, manteniendo aún la familia conforme a sus antepasados, esos aborígenes son desconocidos por lo general en todos los grandes centros. Puede decirse que Chile desconocía al tipo araucano. Ramón Subirats, con sus carbonces, ha resumido todas sus líneas principales realizando en cada uno de ellos los sentimientos particulares reveladores de su raza. La manifestación biológica aparece nítidamente en cada una de sus líneas precisas, y cada retrato es un mundo interior.

(Cuyo-Buenos Aires, Argentina.)

"NUEVA ESPAÑA" DESPUES DE LA INDEPENDENCIA

Haciendo de nuestra independencia y revoluciones un motivo de orgullo nacional, cuando deberíamos haberlas convertido en una ecuación de eficiencia con miras a resolverla, hemos pasado largos años hablando mal de España, atribuyéndole nuestros errores. El régimen político de América es el mismo y aun superior al de la península: el municipio, sirviendo de base al Estado, al mismo tiempo que cumple sus funciones administrativas garantiza y fomenta las libertades públicas; los alcaldes, gobernadores, tribunales, reproducen el paisaje español. En el siglo XVI, Carlos I lleva a la Nueva España el sistema, hasta cierto punto representativo, que priva en su reino; los tribunales están capacitados para anular resoluciones administrativas injustas, la Audiencia cuida la aplicación de las leyes y limita el poder del virrey.

Su ejemplaridad consiste en haber diluido en nuestro pueblo ese anhelo de quijotismo, de libertad, de igualdad, que se manifiesta a través de todas las épocas, en esas pequeñas corporaciones que gobiernan los pueblos y las ciudades. No hay relaciones de superioridad entre las personas que forman nuestra población, a no ser aquellas que temporal y forzosamente impone la posición oficial. Y

tal carácter, que ha sido un obstáculo para la subsistencia de toda tiranía, ha constituido también, por su exageración, una imposibilidad para la estructuración del país, ya que no existe crecimiento y vida orgánica en un pueblo si no se afinan y respetan sus valores espirituales. La masa debe conocer la calidad de sus directores, tener confianza en su sabiduría, creer en su probidad y buena fe. Toda contienda que arrase estas diferencias, que permita a la incapacidad, al despecho, al vicio o a la pereza arruinar reputaciones, nos regresa a la horda donde el despotismo del caudillaje mantiene los corazones sumisos y los pensamientos inertes.

Literalmente tal era la situación de Méjico en el momento de su independencia.

Como filosofía, la independencia nos da solamente un hecho: gobernación del país por sus pobladores; como historia: organización de una República federal sin reelección de presidente, expulsión y persecución del español, desamortización de los bienes del clero con la separación de la Iglesia y del Estado, pérdida de una gran parte del territorio nacional con su anexión a los Estados Unidos del Norte, y dos intervenciones francesas con un ensayo de imperio. Nuestra República degenerativa nulifica la fuerza centralista que había dominado en la colonia desde el instante de su conquista, haciendo reaparecer automáticamente los grupos sometidos, y en los que el criollo, y principalmente el español, se encontraban en escasa proporción. Hay algo mucho más profundo que las diferencias étnicas en la integración de un Estado, y esto lo constituyen los mismos intereses que miran siempre crecientes. La partición del país en Estados independientes, sin que ello se acompañase de situaciones que promovieran movimientos centrípetos destinados a mantener la incorporación de la periferia, fué comprometida la unidad nacional condenándola a una desintegración irremediable. Así debe considerarse la segregación de una gran parte de nuestro territorio y su anexión a los Estados Unidos.

El mestizo, sin el abolengo cultural del español, hereda sus prejuicios respecto al indio que le sirven para justificar sus violencias; por ello se le llega a temer tanto o más que al antiguo colonizador. 1910 sorprende a Méjico cabalgando sobre una república fantástica que no conoce nadie, pero que, sin embargo, mantiene un aparato democrático en el que aparece reluciente el sufragio. Abandonando los verdaderos problemas de la nación, se descubre una desproporcionada división de la propiedad, que acaparaban unos cuantos; las industrias, la minería, los productos naturales, los empleos, las profesiones productivas continuaban en condiciones similares a las de la colonia. Tal parecía como que el ascenso alcanzado por las exiguas mejoras públicas en tan largo período lo había sido a costa de una limitación de la sensibilidad política. El Estado, como una pesada carga, se imponía a los pareceres; consciente de su absolutismo, impedía el ejercicio de los derechos más elementales, dando la impresión de un gran feudo en el que sólo tenía su representación una burguesía enriquecida. Ahora hay que respondernos: ¿cuántas han sido las prácticas democráticas implantadas por las revoluciones?

Si el balance resultase favorable, habré de confesar mi exageración al asegurar, como tesis de este ensayo, que hasta época muy reciente las únicas fuerzas que han obrado activamente en la dirección de los negocios públicos han sido las conservadoras blancas de origen español. Por tanto, si el insurgente reivindica para el nativo su derecho a gobernarse, el republicano erige una institución anecdótica por la que el pueblo transita inerte, apático, sin entusiasmo, sin cohesión, soportando achaques seculares y sin esperanza de una participación efectiva en su propio destino. Había cambiado de gobernantes, pero no de métodos, y todo ello porque los vencedores no ligaban sus propósitos a un interés estable, imaginando que con vedar a los vencidos el ejercicio del poder aseguraban su imperio, cuando lo único que acciona sobre la existencia de una unidad social, son aquellas fuerzas que responden concretamente a su arquitectura. Las ideas tornan románticas cuando no caben dentro de la severidad de estas proporciones, y como en el país no había más organización que la conservadora, de ahí que, como una necesidad implacable, fuese ese espíritu el que acababa por prevalecer y se continuara, a pesar de nuestras revoluciones, en la vida de la República.

(Contemporáneos, Méjico.)

LA INTERDEPENDENCIA

Es necesidad discutir la interdependencia que existe entre los pueblos, porque se trata de una evidencia comparable al alfabeto o a la tabla de sumar.

Mas esa interdependencia implica relaciones de predominio, de igualdad o de subordinación. Comparemos a Gran Bretaña con sus colonias, a Gran Bretaña con los Estados Unidos y a la India con Gran Bretaña. Son tres casos diversos de interdependencia.

No basta, pues, poner el pensamiento en las nubes y afirmar enfáticamente que el intercambio entre los pueblos esfuma los nacionalismos. Sería lo mismo decir que las relaciones sociales matan la personalidad; lo que es una verdad sólo relativa.

Los esfuerzos de los leguleyos de la Sociedad de Naciones por crear una aparente igualdad jurídica, algo así como una superestructura legal, tropiezan con el obstáculo insalvable de la efectiva desigualdad económica y cultural que se trata de ocultar.

Pongámonos en el punto de vista exclusivamente americano, ya que como americanos nuestros problemas no tienen relación con gran parte de la retórica que atraviesa el océano.

Ser nacionalista entre nosotros, ser profundamente nacionalista en el sentido de repudiar los servilismos y exaltar el espíritu creador de la tierra, es colocarse en un terreno avanzado. Las castas gobernantes—las castas por el momento más capaces de gobierno—en Iberoamérica son precisamente las que con un criterio estrecho y cómodo venden su alma a la civilización de otros pueblos disfrazados con los nombres más bonitos.

A esto llaman fraternidad, liberalidad y amor al prójimo, pero el nombre más apropiado es IMPOTENCIA.

(Briújula, Argentina.)

LOS MALES Y PLAGAS DE PUERTO RICO Y LAS OTRAS ANTILLAS

El latifundio y el absentismo son, en la actualidad, los males que agobian la economía de la isla. En proceso centralizador de la riqueza, absorbente en grado sumo de la energía individual, conducen toda una comunidad que tenía bien definida su personalidad hacia un estado social de servidumbre. Las exorbitantes ganancias que obtienen las empresas, el volumen de negocios que realizan y el total de sus exportaciones hacen creíble la conseja de un mentido progreso en la población isleña. Pero este progreso natural, ese enorme movimiento mercantil se hace teniendo por base una mano de obra que se paga con un jornal de miseria. Es por esta razón que la mayor

parte de la población de Puerto Rico está desnutrida y se ceban en ella toda suerte de enfermedades que un organismo fuerte podría soportar con entereza. Pero este proceso que ayer tenía auge en la isla se remediaba con el dinero que repartían para la construcción de caminos y escuelas. El proletariado ahora se encuentra cruzado de brazos, sin tierras que cultivar, sin instrucción agrícola adecuada, salvo los rudimentos que aprendiera antes de dedicarse a otras labores. Mientras tanto el problema básico de la isla queda sin resolverse. El agricultor se siente herido cuando el fisco apremia con fuerza inexorable el pago de sus contribuciones. Día por día se ve más ahogado en lucha con fuerzas superiores, esperando el momento propicio para malvender su heredad. La pérdida de un terrateniente señala para Puerto Rico un eslabón más que se ata al sistema feudal cernido sobre toda la isla. Ni las medidas temporales que se anuncian para socorrer al peón dándole unos dólares para que pague sus deudas en el ventorro, ni la construcción de nuevos caminos salvan la economía isleña. Es el mal muy grave y se halla muy hondo. La reacción esporádica de los agricultores a su desplazamiento se señala por la convocatoria a asambleas y a reuniones. El mal se presiente, pero no se realiza la gestión directa y oportuna para conjurarlo. En el desconcierto que se advierte se dirigen tiros hacia unos y otros, pero nadie señala con poderoso ímpetu el cáncer que destruye el tejido de la célula social portorriqueña. La unificación de fuerzas con un destino táctico definido debiera ser la norma de un cuerpo que integra la raíz nutridora de la economía. Pero no debe ser su objetivo el guerrilleo infructuoso que otorgue victorias parciales. La unidad de las fuerzas debe dirigirse segura, certera y vigorosamente contra el monopolio de la riqueza nativa y contra el capital absentista que roba todo el jugo del trabajo rendido por esta población pobre y mal alimentada. El momento no es perderse en vanas e inciertas contiendas de campanario, en inútil lucha de pigmeos; cada hombre y cada mujer debe sentir en esta hora la responsabilidad de su deber. Por propia conservación, por imperativo vital, el pequeño agricultor portorriqueño debe reunirse en una defensa firme de sus intereses.

(Índice, Puerto Rico.)

VISCERAS DE LA CIUDAD

(CÁPSULAS DE NOVELA)

—Uno de quince...

—Uno de diez...

Las puntas de mis dedos ordenan una triple operación mecánica que es, al punto, ejecutada por la calculadora. Apoyo mi índice en la tecla número 1, mi anular en la 10, mis cinco en la manivela del impulso; luego, los cinco otra vez en la sucia moneda, que cae en este pedestal desgastado como las peanas de ciertos santos en fuerza de besos.

—Otro de diez, señorita...

Este también va cerca. Tres minutos escasos de profundidad. Una pequeña inmersión subterránea... Apenas un tanteo subepidémico... Nada; saldrá con las manos vacías, imposibilitado, en tan breve tiempo, de llegar hasta el fondo y escharbar, a ciegas, entre los picudos guijarrillos. Según mi sencillo sistema de catalogación, debe de ser un deportista. Me lo revelan sus rotundas pisadas, su cara coloradota, sus ojos ingenuos...

No me interesa. No es un hombre completo. Este sólo sabe andar por la superficie. La domina maravillosamente con sus cuatro cursos prácticos de topografía esportiva; conoce, palmo a palmo, el panorama urbano en su menor ondulación, en sus más imperceptibles sinuosidades, en sus más breves rectas; pero al descender aquí marcha desorientado; se detiene, como un paleta abobado, ante cada índice, ante cada flecha indicadora de direcciones. Se ve claramente su azoramiento, su deseo de encontrarse pronto en la superficie de la otra boca; en la ciudad de arriba, en su auténtica ciudad.

—Uno de cuarenta, señorita...

Este, en cambio, ha descendido los escalones con paso firme; no se ha detenido aturdidamente entre los rútolos de las puertas de entrada. Me grita sus "cuarenta" con ese aire retador del millonario que llega a Montecarlo con ánimo de desbancar el Gran Casino. Se lanza después, con su ficha en la mano, por entre el laberinto de los corredores, sin atender indicaciones, como una Cecilia de las Catacumbas... Sabe que esa

ficha le da derecho a una larga exploración, y, buzo de altura, apresta la escafandra sobre sus jorobados hombros, contruidos así para soportar las enormes presiones. (Quizá no sean "contruidos así", sino contruidos "por eso".)

Tampoco éste me interesa. Tiene cara de surrealista: ojos y dedos de heroinómano; boca de blasfemo. Mal caminante urbano—en tiempo de sol se hunde—, apenas roza un saliente epidémico en las profundidades de estas bocas oscuras con su ficha de "cuarenta". Caer aquí bruscamente, como por el impulso de un tropezón. Por arriba sólo sabe caminar—en tiempo de noche—, bajo la luz artificial de las bombillas, que hacen posible la artificialidad de su rostro. Es el murciélago de la ciudad y volverá a tropezar tan pronto emerja por el otro lado. Tendrá que ocultarse de nuevo aquí porque arriba sentirá clavadas en sí todas las sonrisas, todos los gestos de repugnancia de los transeúntes normales, al ver la oscura capa gelatinosa de que saldrá recubierto después de su atrevido buceo en un fondo cenagoso.

—Uno de diez...

—Uno de veinte...

—Uno de quince...

De éstos no me interesa ninguno. Descienden a mi ciudad subterránea impulsados por un azar fortuito, por costumbre, por una ciega ley biológica. Vienen en bandadas, apoyados unos en otros, siguiendo la corriente general. Dentro de mis normas de catalogación, a éstos los incluyo en la casilla de los paralíticos o de los lisiados. Son los que caminan defectuosamente por la urbe y por la suburbia. Transeúntes aturdidos que aquí echan de menos para andar las muletas que arriba les prestan los guardias de la porra.

—Uno de cuarenta...

—Otro murciélago... Voy a catalogarle también... Pero miro mi reloj de pulsera... Las siete menos cinco. No, no. Se acabó por hoy mi lección práctica de psicología aplicada a los demás. Ahora me toca ensayarla

en mí misma. Voy a pasar de mi condición de espectadora de naufragios a protagonista de una íntima novela; de taquillera del Metro, a heroína literaria. Si; se acabó por hoy mi catalogación, porque ya sólo faltan cinco minutos para que descendas tú, ¡oh, mi hombre completo!, que posees el raro don de las tres dimensiones.

Porque tú, ¡oh, mi matemático aviador!, caminas con igual firme paso por las visceras de la urbe, como por su piel, como por sobre sus pensamientos. Sin rezagarte en ninguna; sin dejarte prender por ninguna. Te detienes en las tres, sólo el tiempo exacto, el tiempo hijo para mantener el mas puro equilibrio ciudadano. Ni derrochas tus horas entre sus nubes, ni te las juegas a la brisca por entre sus avenidas, ni las pierdes entre estos callejones tortuosos. Pasas sucesivamente del cielo a la tierra, de la tierra al subsuelo, gozando alegremente de las tres dimensiones por igual.

¿Por igual? No, no. Me pareció, día a día, que por mi ciudad, por esta mi ciudad subterránea pasabas mas de prisa, huido, como esquivando los tentáculos de la tentación, que yo alargaba hacia ti desde el breve hueco de mi ventanilla. ¿O será, tal vez, que no has reparado siquiera en ellos? Quizá. Eres demasiado fuerte para que los temas. Con todo, yo me prendere desde hoy de tus vestidos, de tus ojos, de tus brazos, al pasar. Fuertemente. Para retenerte, para hjarte junto a mí. Y si no, para que me lleves, para que me elevés contigo hacia esa otra dimensión de lo azul, a la que yo no puedo tender mis dos alas paralíticas, mis dos brotes de alas que no llegaron a florecer.

\*\*\*

—¡Uno de veinticinco!...

Mis ojos, mis brazos, mi cuerpo todo ha temblado ante esta sencilla petición. Tiembla aún la eléctrica vibración de su voz en el aire. Tiemblan mis dedos sobre la calculadora, perdida ya por la exactitud de máquina que les mueve. Equivocan las teclas. Se equivoca también la máquina... Vacila mi memoria...

—¿Ha dicho usted de veinticinco?

—Sí, sí. De veinticinco.

Aprovecho este retraso, provocado por mi atolondramiento, para asaetarle con los dardos vehementes de mis miradas, para tenderle mis lazos de tentación, para saborear este precioso momento en que adquiero categoría de heroína, para prender mi deseo de liberación en las dos diminutas alas del emblema que ondea en su pecho.....

Mírame. Detente un momento. Compréndeme.

Porque tú, ¡oh, dominador de los aires!, no conoces esta vida de eterno subterráneo, de eterna viscera, de eterna entraña de la ciudad. No conoces el hervor de la sangre caliente que circula, incansable, por estas arterias profundas. No sabes de los despojos arrojados aquí por las violentas convulsiones de la epidermis. Aquí, donde todos quedan rasados, todos iguales en esta clase única, sin aristocracias. Aquí, donde sin la falsa hipocresía de arriba, todos, desnudos, se lanzan al asalto de las puertas automáticas. Aquí, donde todos muestran su condición de bestia, sin nada de ángel.

¡Transeúnte, que vas de paso hacia el cielo azul de la mañana, tú no sabes con qué divino ardor se aferran los dedos de mi deseo a esas dos alas de libertad abiertas sobre tu pecho!

Porque en ellas podrías llevarme, quizá, hasta esa otra dimensión de lo azul, desconocida. Porque en ellas podrías sacarme, quizá, de esta ciudad de tinieblas perennes. Porque sentada en la cabina, junto a ti, sobre todas las miserias, más alta aún que las agudas torres y los ingentes rascacielos, podría ver, quizá, rota la espesa noche de tanto día pasado aquí, por el corte circular de la hélice de tu aeroplano libertador...

Porque...

—¿La vuelta?

—Ah, sí; perdone.

Bruscamente queda roto mi sueño. Se va mi aviador hacia su aeródromo...

Y yo, aquí. Ordenando triples operaciones mecánicas a mi calculadora. Pero ya no abro mi libro de apuntes morbosos. No me interesa la patología psíquica. Me basta con una mirada. Esa mirada celeste que ahora se pierde en el último escalón del andén...

\*\*\*

... Y con estas otras que hoy—un mes ya—siguen abriendo ante mi sus ojos azules... Y con esta certidumbre—antes temor—de que por fin un día, ¡oh, mi ángel de las alturas!, querras sentarme a tu lado, junto a tus timones de mando y libertarme de esta ciudad subterránea, para sólo pasar por ella precipitadamente de tu brazo como pasas ahora tú cada mañana...

Las siete menos cinco. Empiezan a engarbitarse mis dedos sobre el teclado.

Menos cuatro minutos. Empiezan a engarbitarse mis nervios en tensión.

Menos tres minutos. Se estrecha el círculo que oprime férreamente mi pecho.

Menos dos minutos. Se paraliza el tiempo. Menos un minuto... ¡Afluye toda mi vida a los ojos!

Presiento su luz en torno de estas sombras. ¿Se acerca?... No, no. Son los primeros naufragos del día. Los madrugadores del vicio.

Las siete y un minuto... Y diez minutos... y cuarenta minutos...

¡Se ha hundido mi ciudad subterránea! ¡Ha vuesto a marchar el tiempo! Se ha reparado la vida, de mis ojos.

¡Mi ángel de las alturas no ha venido hoy a mi urbe profunda!

Pero vosotros—¡oh, dedos míos, dedos mecánicos—, seguid, seguid ordenando sin interrupción operaciones mecánicas. Firmes en vuestro puesto, sin dejar traslucir en inútiles crispaciones toda la violenta tempestad interna. Vosotros estáis hechos para marcar cifras, para abrir puertas de subterráneos, para aplacar morbosas convulsiones, no para prenderos de emblemas que llevan al cielo. Os entangasteis demasiado ya en este lodo de bajo fondo, en estas monedas de cobre—algunas veces de plata—, que, una a una, ciegamente, van cayendo ante el mármol de este pedestal...

\*\*\*

Las doce y media. Sigue descendiendo el río de naufragos de la urbe. Hoy debe ser un día festivo arriba, en la epidermis.

—Uno de quince...

—Uno de veinte...

—Uno de diez...

Gira sin descanso mi calculadora. Y yo con ella. Hermética a toda curiosidad. Indiferente a toda inquietud. Mecánicamente indiferente como estas teclas, como esos trenes, como esas puertas de los vagones obedientes a un botón.

Y de pronto, una voz:

—Dos de veinticinco...

¿Es una alucinación?... No. Es mi ángel de las alturas, mi hombre completo. Afluye de nuevo toda la luz a mis ojos, toda la vida a mis dedos. Vuelan raudos desde el teclado a unas alas... ¡Hoy, sí!

... ¿Eh?

Otra cara junto a su cara. Otro hombro contra su hombro. Otro brazo en su brazo... ¡Y otros ojos en sus ojos!

Desfallece mi voz:

—¿Dijo usted?...

—Dos de veinticinco...

Se hace el vacío en mi frente; el vacío también en mis arterias; el vacío en mis centros vitales... Pero mis dedos obedecen automáticos, precisos. Apoyo el índice en el dos; el anular en el veinticinco... Dos billetes... Una sola mano. ¡La suya! La que supo aferrarse más fuertemente que la mía a ese emblema de tu pecho.

¡Y en la mía estas monedas que tú me dejas sin mirarme—¡oh, ángel mio, ya de sombras!

Pero no importa. Déjame al menos que te siga desde este marco prisionero en que está encuadrado mi busto. Déjame que vea perderse, peldaño a peldaño, esa sonrisa que hasta hizo brotar cielos radiantes en esta mi noche sempiterna de abismo...

Déjame...

Pero hay aquí, a mis puertas, otro tropel de naufragos; sangre hirviente para estas voraces arterias de la urbe...

Vuelan las teclas bajo mis dedos. Se ensucian en el lívido cardenillo de las monedas de cobre que caen sin cesar...

Abro la espita a esta oleada negruzca... Se precipita hasta el fondo. Ahí, todos mezclados, revueltos. En ese ímpetu. ¡Visceras de la ciudad!

Y yo en ellas. En el fango. Mientras tú—¡oh, ángel de sombras!—, de su mano, te vas al cielo.

ROSA ARCINIEGA

## Regionalismo, pueblerismo, secesionismo

I.—Esta miseria de espíritu que difunden ahora, incluso los hombres más grandes, con los nombres de regionalismo, nacionalismo y provincialismo, fomenta el ambiente sórdido, encanijado y casero, que precisamente debiéramos combatir. Propagar el kabilismo, el espíritu de redil, el caciquismo de corral, el alma zafia y pucheril del labriego que todos arrastramos dentro! Diríase que ésta es la época de todas las exaltaciones ruines, de las más bascosas miserias morales. Está de moda, por lo visto, cuanto sea cerrazón y empujamiento de horizonte. Lo raquitico, lo más menguado—en orden al espacio y al tiempo—es lo que priva en este histórico momento transcendental.

II.—Trucidar un país en fragmentos regionales y crear entre ellos privilegios, favoreciendo a unos bajo el fútil y mentiroso pretexto de ser "los más vitales y activos"; fomentar vanidades y egoísmos lugareños, y proponerlos como ejemplo a seguir a los demás—ejemplo de rasgadura y discordia—; vejar de esta suerte las amplias y fraternas cualidades que deben fundir a todos. Sembrar con solícito cuidado los sentimientos discolos, las mutuas envidias y los rencores; reforzar por todos los medios posibles—sin olvidar el grano de anís de la secesión del lenguaje—la cerrazón y pervivencia de la tribu, el régimen de kabila y el instinto cavernario; levantar y robustecer los muros que separan unas parcelas de otras; cerrar ventanas, atrancar puertas y atrincherar caminos; obstruir la comunicabilidad y la nivelación, ahondando y blindando compartimentos que debieran allanarse y suprimirse: en suma, fraguar una historia de disolución y perdición, proponerla cínicamente como una obra de máxima libertad y, en fin, llevarla a cabo entre las trapacerías de unos, la traición y la avaricia de otros y la frivolidad de los demás, ¿no será una empresa de balkanización que nos agradecerán modestamente los magnánimos vecinos de los cuatro puntos cardinales?

III.—Hay figuras regionales, de lugareña pestilencia, aldeano atavio y cerril expresión, cuyo pergeño casero no puede salir del apocado recinto de su corral. Llevan su hedor a todas partes consigo: por esto se consideran más de allí que nadie. Fuera, les oyen con indulgencia compasiva y malsana curiosidad: meten allí las narices con el regocijo del que humea el irrisorio espectáculo de una tribu de negros. Pero aunque los hombres suelen nacer en alguna parte, los hay también cuya costra topográfica no se advierte—de tan fuertes, universales y humanos como son—, no obstante formarse de la más íntima entraña de su raza, pero de cuyos valores esenciales se autren y no de efímeras apariencias—pues ¡quién podría liberarse de la sangre que le anda por el cuerpo!—. Ved esos nombres que se incorporan al patrimonio nacional y aun universal, y cuya procedencia étnica y geográfica es cuasi motivo de erudición: ellos son los verdaderos regionales, los auténticos hijos de raza.

IV.—¿En qué debe consistir el regionalismo de una región? En no sentirse región, en sacudir sus propias cadenas, ansiosa de libertad, de salir de sí misma, de echar a andar mundo adelante; en abrir las puertas y ventanas de su cubil; mejor aún, en derribar sus bardales y borrar las fronteras que le excomulgaban de un total más amplio y generoso.

V.—El pobre tiene su nobleza. El pobretón es vil. No deshonra ser pobre. Pero sí es ignominioso ser un pobretón. El pobre posee su dignidad. El pobretón carece de ella. Es pobre el que no dispone de lo que necesita. Y esto simplemente es una desgracia o una fatalidad. Es pobretón el que simula no ser pobre, falsificando los signos exteriores que manifiestan un bienestar determinado. Y esto es una mentira abyecta y estúpida. El alma del pobre puede ser elevada. La del pobretón es siempre, infaliblemente, villana y ruin. El pobre no es responsable de su pobreza. El pobretón, por el contrario, es el único autor responsable de su propia pobreza. Castilla puede ser pobre; pero es noble, generosa y sublime. Si fuera pobretona se encenearía en el servilismo y el ridículo. En lugar de ser fiel a sí misma, de poseer la dignidad de su condición, como la tiene en su austeridad y fuerte pobreza, falsearía, por el contrario, su propia existencia, afectando poseer—por medio de todas las trampas posibles—condiciones y recursos que no serían los suyos. Entretendría su vida—chapucera y adulterada—con mentiras, autobombos y reclamos. No pudiendo adquirir una joya auténtica, un diamante legítimo, se agenciaría como pudiese un pedrusco cualquiera, que pretendería hacer pasar por bueno, antes que ostentar, como lo hace, su callosa mano desnuda. No sería orgullosa, como el pobre puede serlo, sino vanidosa y vanilocua, como el pobretón siempre lo es. El pobre puede caer en la mendicidad. Pero el pobretón se apolilla en la cursilería. Sólo en almas de pobretones, almas finchadas y de oropel, que prefieren ser "cabeza de ratón" a "cola de león", puede anidar el regionalismo. ¡Pobretaría ratonil! Únicamente un terruño

podrido de pobretería prefiere entregarse a la farsa regionalista, a integrar con altivez un cuerpo nacional de amplia cabida, horizontes universales y vastos destinos. Prefiere el pobretón la bajeza de su comedia y su sórdida mentira a la dignidad de su condición, sobria y abrupta, pero en que sólo, noblemente, puede consistir su verdad.

VI.—De los huraños rincones peninsulares, asedios de contagiosas discordias subrayan la prócer altitud de la hazañosa Castilla—la estoica y magnánima, la creadora de España—. Alboroto de egoísmos frente al generoso gesto de anhelo ambición total, unitaria de aquella que derribó los cuatro podridos bardales en que empedernidamente se reclinan. Ella no fué el misero lugareño de apocada psicología; no sintióse tribu ni kabila, el corazón le salía del pecho, no más acá del contorno entero de España. Rompió la epidemia ibérica del cantonalismo y la dispersión, supo crear empresas universales e imponerlas al mundo. No es una región más: Castilla es España. No palpa sólo su existencia desde el salobre litoral, cara al Atlántico, hasta el ascético centro: sus fronteras se abrieron por Extramadura, Andalucía, Levante, Norte. Castilla sólo existe en España, coincide con España entera. Agotó el caos medieval, supo cumplir el destino tan vigorosamente marcado a la nación por su cerrado perfil geográfico, por su compacta masa peninsular. Apenas existe país en el mundo de tan rotunda unidad física. Esto supo verlo Castilla desde su eminente meseta mejor que nadie, y supo ser obediente al sino común, avenirse heroica y universal a la empresa de un gran pueblo. En esa hazaña se diluyó y se entregó generosa, cosechando el éxito sublime de su destino, que era el de España. ¿Por qué, pues, este asedio de discordias? Porque—como dice Emerson—: "La envidia es el impuesto que debe pagar toda distinción".

VII.—Ahora se ha descubierto que el bilingüismo representa un grave obstáculo para el desarrollo del alma infantil, cuando estamos hartos de saber: primero, que las lenguas se aprenden—mejor aún, se asimilan—en la primera infancia como en ninguna otra época de la vida; segundo, que basándose en esta experiencia, los niños afortunados *respiran*, por decirlo así, varios idiomas desde que pueden romper a hablar, y crece simultáneamente en ellos, por este método, el hábito por lo menos de dos lenguas que fácilmente incorporan a su vida. Claro está que tras este pretendido problema del bilingüismo (cuyo sólo planteamiento denuncia su intención, su mala intención) y la solución (que ya podía presumirse) que se le da, ocúltase artemente ese nacionalismo, ese mezquino sentimiento de tribu que ha desencadenado en Europa la post-guerra, y nos infesta y humilla. Bien sabido es que la más fortísima base de unidad o disolución social depende de la comunidad o diversidad idiomática. En lugar de tender a dotar a Europa de un nexo de parentesco profundo y evidente como sería la adopción de un idioma internacional (que debería asimilarse juntamente con el propio desde la primera infancia para que ambos fueran conaturales), se quiere fomentar más todavía el cantonalismo europeo, y naturalmente el medio más infalible para lograrlo (y lo que es peor, estabilizarlo inexpugnablemente) es robustecer cuanto se pueda las diferencias lingüísticas, para lo cual se principia por echar al redondeo esa venenosísima manzana de la discordia que es el *bilingüismo*, gravísimo problema que ya tienen entre manos los pedantes y candorosos pedagogos.

VIII.—Precisamente los escritores más españoles de España, aquellos de más abrupta e inescapable etnología, como Unamuno, Valle-Inclán y Baroja, son a quienes más repugna (y algunos de ellos lo han valientemente proclamado) ese leproso regionalismo (no el sentimiento regional, pues justamente estos hombres son los mayores hombres de su tierra), con su gesto espantadizo y huraño, su apocado localismo, sus gentes roídas por sentimientos troglodíticos, que, como bestias azoradas, se hacinan mugiendo en su caverna. Por lo mismo que alienta vigorosamente en ellos su espíritu racial, aman el aire libre, el vasto horizonte, la reiriga viril y generosa en el amplio recinto de una fraternidad común. Estos hombres—no los tullidos que ballean de impotencia y envidia en el redil—son los máximos ejemplares de su raza, los que afirman su más pudiente excelencia. Pues ¿qué es una personalidad gananciosa de sí misma, sino un magnánimo desbordarse, un incesante dilatar de fronteras, una ambición del más allá y no una constricción, un asustadizo y ratonil encogimiento? Estos hombres despliegan como bandera conquistadora el empaque de su raza. Gánanse espléndidamente para ellos en los demás. Nos conquistan, y al vivir en nosotros, multiplican su existencia. Todavía perdura en ellos ese fuego—que diríase va a extinguir el resentimiento y otros disolventes corrosivos de los que suelen disgregar a una

raza en decadencia—el mismo fuego creador en que Castilla—una región magnificada en su propio enajenarse—forjara su grande obra. Castilla la efusiva, la desbordante. Castilla, que hizo a España. ¿Sería posible, a su vez, que España—toda España—permitiese a quienes la odian el deshacer al fin la excelsa obra de Castilla?

IX.—Si la América Española—que comprendía la América del Sur, la América Central y gran parte de la América del Norte—, en lugar de disgregarse hubiera permanecido unida y compacta como Norteamérica, ¡qué grandioso destino el suyo! Poseía suprema posición ventajosa. Tan omnipotente, que el continente entero hubiera podido caer en sus manos. Hoy sólo existiría una América, la América hispana. Ese vasto continente político, esa inmensa Nación, ese Estado formidable, gravitaría fatalmente en los destinos del Mundo. Y como en la raza hispánica el sentimiento de humanidad y la sensibilidad moral son más caudalosos y elevados (herencia oriental) que en los demás pueblos accidentales, su influjo en el planeta hubiera sido dichosamente benéfico, hubiera marcado rumbo más noble y universal

al futuro histórico. Hoy no se hablaría en el vasto continente ultramarino más que español. ¡Cuán sórdidamente traicionaron los hispanoamericanos su destino! En lugar de unirse, se dispersaron. En vez de soñar en el triunfo, se encenagaron en el odio, la envidia y el rencor disolventes. Pudieron ser Gran Pueblo. Pero se encarnizaron en sí mismos hasta descuartizarse y desgarrarse en muchos pueblecitos inválidos, insignificantes y rivales. Por último; como no vencer supone ser infaliblemente derrotado, fueron reculando ante el enemigo común, retrogradaron en su destino, perdieron terreno. Una minúscula federación sajona prosperó, cundió, los empujó delante de sí, devoró sus tierras, se tragó sus territorios y se ha alzado en la América con la victoria que ellos—los hispanoamericanos—no persiguieron. Hoy la América española rinde vasallaje a una raza hostil que supo permanecer unida; vive como una segundona menospreciada, vejada, amenazada continuamente; en todo caso, junto a la bondadosa—o desdeñosa—indulgencia del más fuerte.

JUAN VILLA

### LUSITANOS EN CASTILLA

## Jaime Cortesão

*Ignorancias españolas.*—España mantiene, sin racional explicación, un desconocimiento casi total de la vida portuguesa. La historia de Portugal, de pareja grandiosidad a la española y de actual influencia, llega en nuestras latitudes a un eclipse descorazonador.

Si para España hay un pueblo que precise de nuestra amorosa curiosidad, que exija en los españoles un afán generoso e inmaculado de comprensión y estudio, este pueblo es Portugal.

Son aplicables a la cultura española las notas de universalidad de ideas, de concepciones totalistas del mundo y sus fines, de incommensurable espacio para la realización de nuestras acciones. Concebimos la Historia como la anotación trascendental e ininterrumpida de la totalidad de nuestros actos. De igual suerte es el volumen, calidad e intensidad del pueblo portugués. Y es que, quiérase o no, cuando una nación adquiere un alto rango en la vida espiritual, todas sus vicisitudes concurren inevitablemente prestigiadas por impulso de la inmortalidad.

No son a desvirtuar las previas situaciones que consigno transitorias disminuciones del amplio caudal que recoge la hazaña cotidiana. La vida contemporánea de Portugal no ha de medirse por la exterior manera de presentarse los hechos. El suceso diario podrá ser de minuto tamaño, pero el impulso motor que aportan los actores da a la anécdota la grandeza impresionante de una profunda inquietud moral.

*Contemplador y actor.*—En el artista es atributo genérico la facultad contemplativa: se es testigo de un suceso; se es narrador de un acontecimiento. Esta situación puede ser beneficiosa a la obra artística. El espíritu selecto queda de esta manera desligado del giro final de los hechos. Esta soltura e irresponsabilidad ante el acaecer grave o pueril, permitirá las más finas y posibles creaciones bellas. Preocupará al autor artista la coincidencia de su obra con un dogma estético, y el suceso aprovechado en su creación adviene paradójicamente indiferente, o, cuando más, pospuesto.

Específicamente, el artista que se ocupe de la esencia trascendente de un espectáculo, retendrá en el hecho en sí todo un contingente de intransferibles valores. Esta actitud específica de un artista sólo puede ser sostenida por dos linajes de seres: el creador genial, es decir, el capaz de rehuir su personalidad a suplantarla por la más preeminente vitalidad auténtica de un hecho escueto; o también por la especial coincidencia de

un artista contemplativo, actor a la vez del suceso impresionante.

Jaime Cortesão es toda una capacidad artística encendida por la energía magnífica de su vida. Este lusitano, luchador hoy por la libertad política portuguesa, inicia su vida de escritor con un libro de versos: *A morte da Agua*; lleva al teatro dramas de subidísimo valor, que alterna con las creaciones poéticas que se contienen en *Gloria humilde* y *Divina voluptuosidad*.

Mas si en la lírica portuguesa Jaime Cortesão tiene la alta jerarquía de su musa eminente, en la estimación de su valor estético hay que agregarle la excepcional aportación de una decisión personal a que le llevará la concepción romántica de la vida expansiva de los valores morales de Portugal. Jaime Cortesão es voluntario en la guerra europea. La exaltación romántica de su gran pueblo se refleja en Cortesão con la serenidad entusiasta que anima a los convencidos. De la guerra trae Cortesão un libro de Memorias.

*El historiador y el patriota.*—Si la actividad de este escritor portugués quedara reflejada en unos libros de versos, unos dramas y un diario de guerra, ciertamente que su poder creador pareceríanos un tanto menguado. Hay en Jaime Cortesão la eminencia de un historiador, la patriótica tensión de un político. Como historiador, Cortesão es autor de un libro de contenido exhaustivo sobre *El descubrimiento del Brasil*. Como ensayista, le acredita de sagaz y certero *El secreto nacional en los descubrimientos* y la conferencia pronunciada en Roma acerca del *Tratado de Tordesillas en los descubrimientos de América*, y singularmente su último libro: *Los factores democráticos en la formación de Portugal*.

A toda su obra imprime Cortesão la noble preocupación de un patriotismo excelentemente sentido, sin ofuscación posible, ya que su exquisita cultura es taimiz finísimo que distingue los valores inmutables de la pasajera excitación de los que hacen del patriotismo una posición de quietud ante la demanda dinámica de nuestro tiempo.

La patria hay que concebirla no como una construcción ya realizada y que como tal nos ha sido legada, sino como una obra perfectible lanzada al infinito que exige de todas las generaciones presentes y las que han de venir la prestación de su esfuerzo. Se ocupa un lugar en la Historia si, al momento de nuestro tránsito, dejamos el recuerdo de nuestra huella. La patria es la acumula-



## “El acorazado Potemkin” en la sesión 21.<sup>a</sup> del Cineclub

Cuando en 1926 apareció esta película a la curiosidad de las gentes, el cine entró en una nueva fase de arte y trascendencia. Sergio M. Eisenstein, su director, dos años antes había lanzado “La huelga”, cinta buena y orientadora. Pero hasta el triunfo sin precedentes de “El acorazado Potemkin” no juzgó oportuno definir sus características: “Nuestro concepto del cine es este: reproducir la vida en su verdad, en su desnudez, y destacar la parte social, su sentido filosófico”.

Pertenece “El acorazado Potemkin” a la etapa del film soviético, subrayada por Juan Piqueras como documental de la revolución y sus más importantes episodios, posee en primer lugar un valor de historia. Pero de historia próxima—la sublevación de los marineros del “Potemkin”, el lunes 13 y el martes 14 de junio de 1905 en Tendra y Odesa—, reflejada fielmente y no como “Iván el Terrible” y “Zar y poeta”, que es historia lejana, vuelta a la existencia en forma algo cambiada por conveniencias de propaganda política.

En “El acorazado Potemkin” no se mueve ningún propósito oculto, como en esas dos bandas, de abultar la realidad. Sino al contrario; de servirla en todo momento. Exacta e íntegramente. Con meditada escrupulosidad y medida autenticidad.

Difundidora la película de un suceso de violencia, contagia al espectador su nerviosismo, su exaltación, lo que ocurre únicamente en determinados instantes de “La madre” y “El fin de San Petersburgo”, ambas de Pudovkin, y en “Octubre”, del propio Eisenstein. Y este tono suyo, rápido y combativo, es obra exclusiva de un gran temperamento maestro en el dominio del cine y sus secretos.

Acaso quien sólo ve lo superficial, lo ya hecho y logrado, considere fácil su ritmo.

Y, sin embargo, nada de mayor trabajo que atinar en los puntos justos. El situarse entre el exceso y el defecto. Ni que sobren ni que falten cuadros y escenas.

“El acorazado Potemkin”, por ese lado, constituye muy perfecto modelo. E igualmente en el de la fotografía: limpia y de matices adecuados a la variedad de los planos. Y en el de la interpretación: tan verdadera, tan dentro

de estos recuerdos siempre vivos, porque precisan estar en constante engarce con el presente, que los ha de llevar al futuro. Generación que es infiel a este excelso destino es generación omitida en el relato de la Historia.

Saber este sentido religioso de nuestra misión es un estímulo incansable que ha de la vida una lucha por alcanzar egregios fines. Jaime Cortesão ha hecho de la liberación y de la grandeza de Portugal el ideal que le llena de emocionada pasión para luchar en el destierro, por los prestigios históricos y por la libertad actual de Portugal.

JORGE RUBIO

de sus personajes cuantos intervienen en su desarrollo, que se presencia una realidad y no una ficción con profesionales de Teatro de Arte, de Moscú.

Y lo mismo en esa suma de cualidades excelentes—puestos ya a detallar, a puntualizar—, que cuando se inicia el drama con la negativa de la tripulación a comer una carne podrida, llena de gusanos, como cuando sus compañeros exponen en el muelle el cadáver de Grigori Wakulintchuk—el contramaestre que con su grito a la guardia ordenada a fusilar a los treinta marineros arrinconados por la oficialidad al fondo de la cubierta: “¡¡Hermanos, no disparéis!!”, decide la rebelión—y lo vela el pueblo en masa, y como cuando las descargas cerradas y continuas de los cosacos—en su avanzar trágico de infranqueable verja de bayonetas caladas—a mujeres, niños, viejos y jóvenes indefensos, en la escalera monumental que conduce al puerto de Odesa, es siempre Sergio M. Eisenstein el que desde su altura de director excepcional señala el éxito seguro de “El acorazado Potemkin”, programada, ¡al fin!, en la sesión 21.<sup>a</sup> del Cineclub—última de su tercera temporada—, el 9 de mayo de 1931 en el Palacio de la Prensa, puntualmente a las cuatro de su tarde.

Complemento curioso de la sesión, en su parte retrospectiva, fué una cinta en colores—por el procedimiento de la iluminación a mano: fotograma por fotograma—de la casa Pathé Frères, sobre Modas en París, casi en los días de la guerra europea, y otra española, de la Studio Films de Barcelona, rotulada “A la caza de cuarenta y cinco millones”, de comicidad sin conseguir y de realización en extremo ingenua, simple y pobre. De una curiosidad similar es la Antología del beso: escenas calificadas por la censura de atrevidas y quitadas, cortadas de las películas gemanas de Lya de Putti, Brithe Helm, Suzy Varnon, Emil Jannings, Willy Fritz, Gustav Froelich: “Metrópolis”, “Variété”, “Fausto”, Manon Lescaut”, “Fuerza y Belleza”, “Amor y Naturaleza”... y unidas a capricho.

L. GOMEZ MESA

### “Los problemas constitucionales de España”

PRAXEDES ZANCADA

El libro indispensable hoy día. La obra necesaria para penetrarse de los problemas actuales de constitución española.

5 pesetas

C.I.A.P. Librería Fernando F.,  
Puerta del Sol, 15.  
MADRID

## La novela de multitudes. Y los judíos.

En las naciones—como en los individuos—hay dos facetas de existencia. La exterior, jactanciosa, que afirma su misión política. La interior, que mantiene y conserva su personalidad social. Son casi dos facetas sexuales colectivas. La interior es la endocrina, la de los hombres a quienes nunca les ha pasado nada, la de las generaciones que nunca han tenido nombre, pero que lo han hecho todo. Sin embargo, ellas son las más interesantes; así como el atleta no es siempre un hombre sano, y el que alardea de algo suele carecer de aquello que proclama, así la vida de los humildes y los oscuros tiene más valor real que la de los grandes hombres.

España y Rusia son las dos naciones en que ese oscuro pueblo sin nombre se afirma con más vigor. Galdós y Dostoyewsky son sus dos grandes nombres del pasado siglo. Galdós, lento y pardo, como corresponde al carácter de un pueblo cansado que ha hecho mundos y no se ha hecho a sí mismo. Dostoyewsky, trenético por todo lo contrario, por representar un pueblo delirante y aún sin tallar. Pero en esos dos mundos incorporados artificialmente a Europa sin ser europeos—afortunadamente—no ha entrado nunca la ilusión gnóstica del occidentalismo que rompe al hombre en cuerpo y alma, poniéndole al primero todo lo malo y a la segunda todo lo bueno. España y Rusia nunca han enaltecido la nube despreciando la tierra, nunca han concedido al alma un estatuto autonómico. Ellos han sido siempre algo salido de la tierra, sus literaturas y su arte han sido siempre de arcilla, y en los momentos malos se han agarrado al subsuelo.

Sobre todo en nuestra tierra. En la España íntima y aborigen de los pueblos, la España celtibérica del hombre sencillamente africano, influido por el paisaje todavía geológico—solamente geológico—, entregado a resolver el difícil problema de ser y saber que se es, procreando, durmiendo y viviendo—o durmiendo viviendo, que al cabo es lo mismo. Ese hombre moro que con su simple permanencia sobre la tierra demuestra que España no es Europa, que en nuestra tierra las cosas no son anteriores ni posteriores a los sistemas. Las cosas son cosas, o sea nombres; nunca son pensamientos ni objetos materiales. Sólo por el nombre adquieren valor, y la mitad de su vida es el acto de presentarlas.

\*\*\*

En la novela occidental hay una pugna de dos estilos: uno es el narrativo, que supone a priori una tesis y construye sobre ella la narración presentando a los personajes como piezas de ajedrez que con sus actos y sus diálogos crean la acción, sobre fondo rígido que determina sus acciones; es la novela determinista en la que el paisaje manda a sus hijos, la novela de mucha explicación y por su acción de trama que evoluciona lógicamente como un proceso de la inteligencia.

Reaccionando contra ella está la novela presentativa, símbolo de la voluntad. En ella se deduce la tesis de la psicología de sus personajes, que con sus pasiones e instintos determinan el medio y se imponen a él. Personajes que se sienten libres y que quieren hacer el mundo a su imagen.

Ambas tendencias en pugna son el emblema de dos grupos de fuerzas que abarcan todos los sectores de la vida. A un lado, lo narrativo, la inteligencia, lo clásico, el aristocratismo feudal, la pintura académica. Al otro lado lo presentativo, la voluntad, lo romántico, la burguesía liberal, la pintura impresionista. La primera es el deber, la segunda es el placer.

Pero queda otra ruta posible, la ruta del zoco, la que no presenta a los frutos como bodegón. Ni tampoco como materiales para la despensa. La que hace de ellos masas de color y de equilibrio, juegos luminosos en el espacio. Frente al idealismo glacial de lo narrativo y frente a la interpretación positivista de la vida la ruta del zoco se limita

a exhibir las cosas en revuelto montón, en exposición directa con todo lo que tienen de bueno y de malo. Es la manera semita de ver la vida como un sueño y ver los sueños como realidades. De no considerar sus relaciones ni sus oposiciones, sino sus contrastes. De no verlas como jerarquías o diferencias, sino como claroscuros. No visión de espacio y tiempo, sino movimiento puro.

Nada está parado ni andando. Todo está en tensión. La sombra no es nada opuesto a la luz, sino el reverso de la luz. Todo color tiene un color complementario y todo sexo aspira al sexo opuesto para realizarse. El arte no es contemplación ni campo de acción, es contraste para llegar a saber que existimos, electricidad de signo contrario. Así en el perezoso mendigo moro, para quien sólo existe el “hoy”. Así en el judío Einstein, destructor de tiempo y espacio. Así, sobre todo, en nuestro Sidi-Hamed-Ben-Engeli (alias Cervantes), que no hacía de sus personajes la proyección de sí mismo, que hacía de sí mismo uno de sus personajes para llegar a comprobar su propia existencia.

\*\*\*

Aunque están lejos España y Rusia se cobijan ambas bajo la misma sombra, la sombra del turbante. Todo lo folklórico esencial de la tierra rusa y la tierra española es de origen musulmán y se parece plenamente—música, arquitectura, ropas, alimentos, misticismo—, obra de turcos y árabes que ahora se llaman tártaros y andaluces, disfrazados de ciudadanos soviéticos o españoles. Pero que siguen siendo por la raza las gentes del turbante. Y a la sombra de ellos el judío, siempre el judío. Cuando el Islam se enfrío en Moscú y Córdoba heredó sus cualidades, la fría ceniza del judaísmo, que era también enturbantado pero sin vida. El ardor colectivista de la mezquita, sustituido por las sombras ansiosas de los buenos y apocados rabinos. Pero aunque enfrío el judaísmo, era algo semita. Y sobre sus ruinas sobrevivió el realismo musulmán, la ruta del zoco que empieza y termina entre la Meca y Jerusalén. Para florecer en nuestros días entre esos judíos que son los más firmes sostenes de la literatura proletaria, irradiando desde Rusia y los centros judeoespañoles hacia Alemania—el segundo país judío después de España—, y hacia Nueva York, llena de judíos toledanos y petersburgueses.

Así resulta que la novela “proletaria” y colectivista que entra en España por todas las puertas de la traducción es en gran parte novela judía. Sirva de ejemplo la serie de judíos que ha traído la Editorial Cenit, iniciadora de la producción del libro social en gran escala. Desde el *Manhattan Transfer*, de John dos Passos, y el universalmente glorioso *Babbitt*, de Sinclair Lewis. Hasta los libros de Arnold Zweig, Michael Gold, Stefan Zweig, Charlie Chaplin, Victor Serge, Bruno Weil, Raimundo Geiger. Es que lo mejor de la sinagoga está representado por el espíritu de protesta contra la injusticia social. Espíritu que alcanza su apogeo en el judío español Carlos Marx.

En 1931 sigue la rápida aparición de judíos en todas las editoriales de tipo social: Ulises, Zeus, la citada Cenit, la nueva Hoy. Richard Lewinsohn, Joseph Roth, Elías Erenburg, Nathan Asch, Arnold Zweig, Victor Serge, Stefan Zweig... y la lista no se interrumpe nunca. Para el mayor bien de España, península violenta, entreverada de árabe judía, rellena de sol.

GIL BENUMEYA

LEA COSMOPOLIS  
Revista del gran mundo  
Modas, deportes, cine,  
teatros, literatura.  
1'50 PESETAS

## HUMANIDAD

## La vida y el arte en torno

En el artista, muy frecuentemente, allí donde termina el deleite propio comienza a crearse la posibilidad de que en los demás pueda producirse.

Cuanto más admira el artista su propia obra, más vulgar.

\*\*\*

El hombre de gran capacidad para el trabajo lo es también para ocupar sus ocios en actividad, fácilmente en derecho del placer. Cuando circunstancialmente se aparta del trabajo o éste de él, las energías reprimidas le inclinan a una normal evacuación, y en este caso, si no hay una sustitución favorable, el hombre de grandes energías puede dar un mal paso. La solución, en el hombre de gran capacidad, reside en que por nada ni por nadie se interrumpa su labor. Es dentro de ella donde únicamente sus esfuerzos le dignifican y no le deprimen. No lo olvidéis nunca: tanto como fortalece el trabajo, la soledad y el dolor, desgasta el ocio, la compañía y el placer.

\*\*\*

La opinión, ya demasiado vulgar e imposible de reconocer origen y paternidad, de que el autor de una biografía hace, en la semblanza del que sirve de tema, su propia biografía, encuentra confirmación rotunda en el mismo *Don Quijote*, de Cervantes, en el que amasado primero entre burlas, después entre dolores, sin pensarlo, sin pretenderlo casi, por inclinación más fuerte que los dictados de su razón, Cervantes desata, destraba su vida, y suelta, maravillosamente libre, nos entrega con transparente dignidad las torturas de su alma.

En todas las semblanzas, aun las que se hacen con franca contradicción, hasta con odio, ciegamente apasionados, el autor entrega más de sí que los elementos recibidos del exterior para esa obra. Y resulta más interesante la semblanza cuanto más lejos está de ser un traslado objetivo y fotográfico. Así, Cervantes, cuanto más entusiasmado dibujaba a don Quijote, más pliegues de asombrosa lucidez daba a luz.

\*\*\*

¡Avila!

Turistas: al paso del tren retened el espíritu. Corre el peligro de que se os vaya hacia tanta maravilla, como el corderillo hambriento al prado verde, jugoso. Si llegáis hasta la ciudad, no bajéis, a ser posible, de la cabalgadura. No perdáis el dominio de las riendas de vuestro espíritu. Si os dejáis vencer por el hechizo de Avila, todos los días, al amanecer, la sombra de Teresa, sombra dulce, pero absorbente, llegará a vuestro lecho ¡y adiós pompas, vanidades y ambiciones del mundo!

\*\*\*

Hacia Madrid, en el atardecer, todavía en la provincia de Avila parece que todas las piedras, de un momento a otro, se van a poner de pie.

\*\*\*

Nada hiera más al hombre gustador de la belleza del campo que esas heridas que abren a los pinos, que esos cortados al viento, rezumando en la riqueza de su lloro un dolor sin palabras.

Parece que despiertos, al fin, de su letargo, siguiendo los mandatos del pino más alto, más fuerte y de más enmarañada cabellera, con su ramaje por escudo, con el grito de su verdor por clarín, el ejército rumoroso va a cobrarse, de un momento a otro, su terrible venganza!

\*\*\*

Cuanto más rica, más complaciente, más diversa y grata la realidad que circunda el espíritu del escritor más pobre, más exhausta, más rutinaria es la íntima realidad de su espíritu. Nada despreciable, por lo común, se produce en la celda del monje o en la del espíritu fino, encarcelado. Si algo intenta es magnífico, perdurable. Por el con-

trario, en la corte opulenta, en el palacio suntuoso, el alma naufraga en brillos de delicia, aunque también son oropeles de mediocridad. Para el espíritu la embajada de la riqueza es tanto anuncio de goce físico como de aletargamiento del espíritu.

\*\*\*

Según pasa el tiempo y aumenta la talla de mi experiencia, creo más en el Destino. Nacemos para lo que vamos a ser y un sordo rumor, sin palabras, sin trabazón ideológica, sin seguro perfil, nos va recordando, en la bruma de inclinaciones imprecisas, que no nos salgamos del camino, que el camino es "éste" o es "aquél".

Cuando yo no podía soñar siquiera que una actividad de espíritu—como autor de libros—llenase casi en completo mi vida, ya repudiaba la estúpida contemplación del vulgo cuando tiene en frente un hombre público, un artista. Sordamente me dictaba el Destino, en el tiempo de mis años en flor, algo que se parecía a esto:

—Aguarda un poco y no necesitarás tratamientos y admiraciones. Serás uno de los que dedican su actividad al arte.

Y así en la política. Un impulso selvático, rebelde, soberbio si queréis, me impidió rendirme ante lo que los demás calificaban de magno. Día llegará, me decía, en que los dos nos tratemos de "tú".

Y a mis ventiséis años, con obras, amigos y consideración social que nunca pude llegar a definir, no obstante me hallé en aquel grato estado que una ciega, irreflexiva inclinación parecía vislumbrar y señalarme. Y miro el porvenir como una formidable tarea que me obliga a renunciar éxitos y satisfacciones fáciles por lograr conquistas que no puedo comprender, que mi Destino me forja, aunque no me explica. Siento cerca de mí la copa que he de apurar hasta las heces. Y aún con la amargura y el dolor, venciendo al desaliento, me digo:

—Pues cúmplase. Oponerse al Destino es poner frente a frente, en trágico juego, a una débil barquichuela entre las olas del mar bravo.

\*\*\*

Los que no pueden estar callados es por temor de hablar consigo mismos. Cuanto más horror al silencio, más hueca será su charla.

\*\*\*

El exceso de refinamiento y la absoluta sumisión al medio social hace que se funda lo peculiar de cada uno, sumiéndose en un campo uniforme sin valles ni montañas. Por eso el hombre original, el hombre que es "él", parece al vulgo de estatura media un salvaje.

\*\*\*

El río es un camino que anda, dijo un filósofo. También el tren parece, cuando atraviesa como flecha veloz el campo, una ciudad andante. Así, en el obligado divagar del viaje, llegamos a pensar que si detenida por un accidente esta ciudad en movimiento en uno de los pequeños pueblos del tránsito—sólo por una noche, pero al fin por una noche—alguien quisiera hacer una minuciosa historia de aquel pueblo, de todos los labios recogería un mismo acontecimiento:

—Una noche este pueblo albergó una ciudad andante, ruidosa, llena de pavor y de incertidumbre.

\*\*\*

Los precedentes de la locura de aquel famoso Licenciado Vidriera no los refiere Cervantes en su relato. Hemos perseguido el tema, y después de algunas averiguaciones podemos afirmar:

—Mucho antes de expresarse, de salir a la superficie la curiosa manía de aquel pobre estudiante que se suponía de vidrio y que huía de todo contacto humano por temor a quebrarse, inició en él una preocupación que, convertida en idea fija y dominante, fué lo que a través del terre-

moto de su razón, y ya transformada la manía en locura, siguió dominándole con energética violencia.

En su juventud, según mis datos, padeció una enfermedad del pecho—pulmonía seguramente—, y era tal el miedo que al frío y a la influencia del viento y de las corrientes de aire tomó desde entonces, que abrigaba y protegía su pecho como si de cristal quebradizo se tratase. Este miedo a que el puñal del frío le penetrase, transformóse después en el estado de su locura en miedo a romperse si golpe o mano humana llegase a tocarlo.

Me abstengo de señalar las fuentes donde he bebido información. También los escritores tenemos secretos profesionales.

\*\*\*

La oratoria sigue siendo el espejuelo, la joya barata con la que los audaces conquis-

tadores de América deslumbraban—ellos unos pocos—a millares de indios. Solamente los indios han cambiado. El señuelo engañador persiste.

Para ser buen orador es imprescindible que la persona sea—poco o mucho, pero algo al fin—consigo mismo desleal. El respeto a la lealtad que a sí mismo se debe; el influjo de la verdad, opuesta por lo común a la magnificencia opulenta de sus párrafos sería capaz, sino de interrumpir y destruir la belleza de sus mejores frases. Y en el orador, por amor a su arte, se llega a prescindir de la sinceridad y la justicia en gracia y homenaje a la Belleza. El aplauso, para el que habla, es vino embriagador. Y termina porque en plena borrachera habla sólo a impulsos de los sordos y traidores diablillos del vino del aplauso.

TEÓFILO ORTEGA

## SAHUMERIO

## MOMENTO EN EL HEROE

(TRES PENSAMIENTOS ANTE LA MEDIANIA)

Es un héroe ese que circula hoy por entre la muchedumbre que llena las calles. Mirad su apostura, el aire resplandeciente de su faz, modelada en el esfuerzo por una voluntad férvida. Pasa, y la gente le mira, y él los mira a todos, y se diría que busca a alguien con los ojos. Pero el gentío es duramente impersonal. Caras mil que se alzan torciendo su piel cetrina entre la oscuridad de sus monótonas corbatas. Y él, el héroe, se dibuja en las sombras con su faz vigorosa.

Y llegó a su albergue, y llamó. Le respondieron dos voces: la de un viejo y la de una mujer. Y esta mujer y este viejo le recibieron en la puerta. El los siguió lentamente, y, cuando hubo acabado de atravesar el pasillo, fué a asomarse a un balcón: el mar confuso, en el anochecer latino, alzaba sus ópalos hasta las nubes empurpuradas. En las rocas de la playa se rompían las ondas suavemente.

Y el héroe descansó su mirada en la tranquilidad del mar. Se calmaba el arrojado de su alma, como si el ópalo marino penetrase en ella, haciendo difundir por entre su vaguedad las imágenes del entusiasmo, espuela de la acción.

Y pensé el héroe:

—Es ya tarde para el apartamento, ¡oh serena inmovilidad de las aguas ante el ocaso! La gente cae sobre mi nombre, y yo se lo abandono como abandona la serpiente su piel inútil; los que le apriorean: "Sí; le conozco", se dicen entre ellos. ¡Y creen conmigo con sólo repetir un nombre vacío! Por obras me conocerían; pero sólo han visto de ellas la parte grosera, la que a todos conmueve; no su virtud, sino su ostentación. Y, sobre todo, ¡qué dolor en este mandato interno que me impele al pensamiento y a la acción, y cuya verdad nadie comprende en su pureza primaria, porque todos temen elevarse hasta ella! No sé si mi Dios hace de mí ejemplo de superioridad para que despierte amor: porque ninguno he recibido de mi sociedad, ni de mis admiradores, ni de mis enemigos. ¡Admiración, que no amor, vi palpitar en los ojos de los jóvenes, y se enturbiaban sus pupilas con esa envidia que algunos llaman emulación! Y no se me acercaron corazones puros, y ya empiezo a creer que, o los signos de la pureza se repelen mutuamente, o que esto sucede porque no existe otro corazón como el mío sobre la tierra. Y mientras voy sembrando de bellas obras a los hombres, aturdidos de afán y deseo, mi alma, al dejar en cada obra un color propio, empalidece.

Y pensé el héroe:

—Es ya tarde para el apartamento, ¡oh serena inmovilidad de las aguas ante el ocaso! La gente cae sobre mi nombre, y yo se lo abandono como abandona la serpiente su piel inútil; los que le apriorean: "Sí; le conozco", se dicen entre ellos. ¡Y creen conmigo con sólo repetir un nombre vacío! Por obras me conocerían; pero sólo han visto de ellas la parte grosera, la que a todos conmueve; no su virtud, sino su ostentación. Y, sobre todo, ¡qué dolor en este mandato interno que me impele al pensamiento y a la acción, y cuya verdad nadie comprende en su pureza primaria, porque todos temen elevarse hasta ella! No sé si mi Dios hace de mí ejemplo de superioridad para que despierte amor: porque ninguno he recibido de mi sociedad, ni de mis admiradores, ni de mis enemigos. ¡Admiración, que no amor, vi palpitar en los ojos de los jóvenes, y se enturbiaban sus pupilas con esa envidia que algunos llaman emulación! Y no se me acercaron corazones puros, y ya empiezo a creer que, o los signos de la pureza se repelen mutuamente, o que esto sucede porque no existe otro corazón como el mío sobre la tierra. Y mientras voy sembrando de bellas obras a los hombres, aturdidos de afán y deseo, mi alma, al dejar en cada obra un color propio, empalidece.

Y pensé el héroe:

—¡Quién sabe si para las estrellas nuestra personalidad es nula, y todos formamos una gran medianía! Porque durante el sueño, ¿no somos todos iguales? Y el pensar ingenuo de la mujer deslizó como una onda tranquila sobre la playa oscura.

Y el héroe, al erguirse pesadamente,

murmuró en voz alta:

—Sí, apostolado; me hice traición a aceptarte.

das al rozar con ternura las rocas de la playa. ¡Quién os escuchara a todas horas! Pero esta visión de reposo se venga de mi celebridad equívoca.

Y pensé el viejo:

—Vuelve nuestro héroe fatigado. Le miro pensar, frente a las olas tranquilas. No habla. Se encorva su cuerpo vivo. Apoya su barbilla sobre el parapeto. Le ha fatigado su propia alma.

Y recuerdo mis libros... Alguien aconsejaba que, frente a la fortuna adversa, nos refugiásemos en la mediocridad, en la medianía. Y esto se ha repetido, se ha repetido mucho, porque es inmarcesible. Por ese mar había llegado a Roma, desde las avenidas de Liceo, la palabra de Aristóteles, el justo medio en la virtud práctica. Por ese mar el pensamiento consolador se dilató sobre todos los pueblos. Entre las luchas políticas, siempre la lucha interior se agitaba, con el movimiento particular de un remolino en la ancha tormenta. Y del cansancio por la lucha interior, nació la aceptación de ese concepto de medianía. El que levanta su cerviz tiene que sufrir el tajo de la fría guadaña de la admiración sin amor, o caer en la miseria. Y, entonces, ¡caro se hace filósofo y se abraza al apartamiento. El apartamiento es la voz de la verdad, la morada que nutre el pensar con armonías vitales. Ahora miro al héroe, que quizá sueña en él, porque cuanto más grande es el hombre, más ama la soledad, en donde la virtud le contenta plenamente, porque ella se contenta a sí misma. Y yo miro al héroe que, sin embargo, quizá reconoce su impotencia para abandonar el mundo, con la vanidad de cual necesita vestir sus obras, para que éstas lleguen a producir un efecto social, y en el que no está por placer ni por ambición, sino por mandato del Dios que le ha escogido, que le ha señalado que le ha consagrado. El quiere cambiar de vida; trocaría, estoy seguro, toda su obra activa por el reposo que yo, existencia muda, he poseído. ¿Que yo he poseído? Pero no quiero ahora hablar de mí...

Y pensé la mujer:

—¡Quién sabe si para las estrellas nuestra personalidad es nula, y todos formamos una gran medianía! Porque durante el sueño, ¿no somos todos iguales? Y el pensar ingenuo de la mujer deslizó como una onda tranquila sobre la playa oscura.

Y el héroe, al erguirse pesadamente,

murmuró en voz alta:

—Sí, apostolado; me hice traición a aceptarte.

LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS

# POSTALES INTERNACIONALES

La vida literaria en Rumania

## A través de las revistas rumanas

Por Alexandru Marcu, de la Universidad de Bucarest

Las revistas literarias, a despecho de todas las preocupaciones estrictamente estéticas, tienen ciertamente el gran mérito de constituir uno de los documentos más expresivos que permiten fijar el aspecto de una época determinada. Polarizadoras inmediatas, espontáneas, fieles, reflejando las direcciones espirituales de una cierta colectividad, en un momento dado de su evolución, las revistas se imponen también a nuestra atención por este papel extrínseco.

En las líneas siguientes nos proponemos, pues, esbozar, aunque sólo sea de paso, los puntos de mira que encuadran la ideología de la cultura rumana actual, dirigiéndonos, para esto, a las principales revistas que hablan en su nombre.

En Jassy, la ilustre capital de Moldavia, siempre pródiga para la cultura nacional, se publica desde hace algunas decenas de años *Viata Romaneaca* (La vida rumana), habiéndose afianzado por fin su programa, gracias a los éxitos obtenidos. En Rumania también, hacia 1900-1905, por las doctrinas materialistas de la democracia aplicadas, esta revista ha tenido, durante cerca de diez años, la viva atención de la intelectualidad rumana, viniendo a afirmarse como su directora, a pesar de su aspecto ecléctico de "magazine", y del carácter más cultural que literario, para hablar con propiedad.

En las páginas de esta revista se han consagrado la mayor parte de los prosistas y poetas que constituyen, hoy día, la generación contemporánea de los "clásicos rumanos" (es suficiente recordar el nombre de Mihail Sadoveanu). *Viata Romaneaca*, desde este punto de vista, desempeña hoy un papel que desempeñó durante la segunda mitad del siglo XIX, siempre en Jassy, la revista de los *Conversari literari* (Charlas literarias), donde lo histórico se confunde con la misma historia de la cultura rumana de esta época.

Por su mismo programa ideológico, la revista *Viata Romaneaca* estaba llamada a preconizar ciertas tendencias sociales de la literatura rumana, aproximándola lo más íntimamente posible a la vida espiritual de la clase rural, cuya emancipación imponía teóricamente.

De esta manera, anulando las huellas románticas de la escuela de V. Alecsandri y de la escuela parnosiana estetizante, Dinlui Zamfiresco, y el naturalismo rústico de la *Viata Romaneaca*, han podido asegurar a la prosa rumana un instante de incontable originalidad, y a la cultura indígena, la posibilidad de abs- tenerse.

El solo objeto de estas preocupaciones está marcado en el diagrama de la literatura rumana de antes de la guerra, por la aparición, en Bucarest, de la revista *Samanatorul* (El Sembrador), renovando así todo un movimiento naturalista-folclórico, con anchas bases de autectonismo rústico, que ha logrado imprimir su nota distintiva, no solamente en la literatura, sino también en las artes plásticas de aquella época.

La tentativa contemporánea de reacción hecha por la revista *Viata Noua*

(*Vida Nueva*), dirigida por Ovide Densusiano, erudito filólogo, dotado de una estética sutil y de una poesía refinada, ha querido más bien, como efecto, afirmar en la cultura rumana los postulados del simbolismo francés y abrir al lirismo local nuevas posibilidades de expresión, distintas a las que consistían en anular en un momento la estética del naturalismo *Samanator-iste*. Porque éste, entre tanto, se había beneficiado con la colaboración de la vibrante personalidad de Nicolás Iorga, que supo encontrar la justificación histórica del tradicionalismo nacional, no solamente en lo íntimo de su conciencia, sino también en este generoso, convencido y ardiente idealismo que imprime una nota visible en la personalidad de este animador de la intelectualidad rumana moderna.

Si rebuscásemos análisis cronológicos, puesto que el nombre de M. Sadoveanu nos impone, tal vez, el del italiano Giovanni Verga, el movimiento del neidealismo autóctono y tradicionalista tan realzado por Nicolás Iorga, a pesar de la diferencia de medios y de actitud práctica, puede anotarse al lado del movimiento de la juventud florentina de la *Voce* y del *Leonardo*.

Así, pues, las bases de una tradición tradicionalista, autóctona, idealista, estaban aseguradas para la cultura rumana aun antes de la gran guerra, que vino a imponer a su conciencia estos postulados con una vehemente insistencia.

La crisis de profunda y dolorosa tormenta, que tanto agitó el alma rumana durante los años que siguieron a la gran prueba histórica, prueba a la que fué sometida a desorganizar, naturalmente, la composición armoniosa de estos postulados venideros.

Fué precisamente esta crisis y sus consecuencias para la cultura local la que ha provocado los procesos de recogimiento y de determinación. Ella la incitó, la precipitó, la impuso, en fin, a la atención unánime.

A continuación de la unión étnica de Rumania, se presenta, inexorable, toda una serie de preguntas: ¿Quiénes son los rumanos? ¿Cuál la realidad de su alma? ¿Existe una tradición rumana, auténtica, digna de realizaciones específicas en arte? ¿En qué consiste lo auténtico de esta tradición? ¿Qué se puede esperar de esto?

Para tratar de formular una respuesta a estas preguntas, sin plazo, torturantes, sobre todo para la consecuencia de esa generación nueva, que fué formada, especialmente, en medio de las calamidades de la gran guerra, algunos jóvenes literatos (con Nichifor Crainic y César Petresco a la cabeza) lanzaron, hace algunos años, la revista *Gandirea* (El Pensamiento), que se ha presentado en nuestros días como la viva expresión de las tendencias de la cultura rumana, tanto desde el punto de vista de las realizaciones estéticas, como desde el punto de vista, principalmente, del cuidado con el que solicita a esta cultura, hacia una vida nueva, surgida de las profundidades del alma rumana.

Tomando su punto de partida en la confianza indiscutible, en las inclinacio-

nes inéditas y en la autenticidad de este alma, a pesar de la acumulación de influencias heterogéneas, que se benefician con los precedentes del neidealismo, afirmado antes por Nicolás Iorge; encontrándose en su ortodoxismo con el neomisticismo de la Europa occidental; aceptando la fórmula de factura modernista como expresión, el programa de esta revista se ha asegurado el éxito entre la intelectualidad rumana actual por este eclecticismo aparente, que le pone en guardia contra los excesos de una reacción fanática.

Expresión del momento vivido actualmente por la nueva literatura rumana, la revista *Gandirea* puede, también, ser su síntoma de mañana, por la tarea que se ha impuesto, con interés, de profundizar el alma nacional, de identificarla con todo lo que puede ser apto a las posibilidades creadoras, de reaccionar por dilettantismo dispar y fácilmente importador.

La contraseña de esta agrupación (pues la revista tiene hoy día su cenáculo, celosamente defendido contra las incursiones sospechosas) sigue siendo un tradicionalismo, pero un tradicionalismo vivo, dinámico, actual, no refractorio, que, en el orden histórico, religioso y literario, aspira a la revalorización de la personalidad nacional, por la clasificación de las relaciones que existen entre la cultura rumana, oriental, bizantina y las influencias occidentales, de las que no puede renegar, en su pasado, y que no pretende anular en el porvenir. La actualidad rumana, sorprendida, especialmente, bajo sus aspectos materiales, vive, puede ser, en discordancia, por relación al programa idealista de esta revista, de lo que el historiador de mañana podrá servirse como de documento.

Pero una revista literaria, cuando no representa la síntesis perfecta entre el alma de la colectividad, a la cual se dirige, y sus tendencias dogmáticas, sigue siendo, no obstante, la marca de una etapa hacia el momento de clasificación de la conciencia nacional.

Y este momento se llama, en la historia de la cultura humana, Renacimiento.

### LITERATURA RUMANA

## Cinel - Cinel

por V. ALEXANDRI

(Traducción española de Henry Helfant)

*El pastor dice a la muchacha sentada junto a él:*

—Cinel, Cinel: dos estrellas de dulces rayos han abandonado el cielo, lleno de luces divinas, y han venido a ceñir tu frente... Adivina, mi muy amada, o, si no, las besaré.

*No adivinó en seguida la inocente criatura y fué dulcemente besada en los "ojos".*

*El pastor volvió o decir a la tierna jovencita, sentada junto a él:*

—Cinel: cuando está cerrada, se ve una hermosa flor rosada, y, en cuanto se abre, descubre lirios de los valles. Esta maravilla aparece en tu cara... Adivina, mi muy querida, o, si no, la besaré.

*No adivinó en seguida la alegre criatura y fué dulcemente besada en la "boca".*

*El pastor dijo de nuevo a la bella jovencita, sentada a su lado:*

—Cinel: blancas y redondas dos alitas se lanzan continuamente como para volar al cielo; pero tú las retienes cautivas en el lugar donde han brotado... Adivina, mi muy amada, o, si no, las besaré.

*No adivinó en seguida la ruborosa niña y fué dulcemente besada en los "senos".*

## UN LIBRO

*En nombre de los Soviets* (algunos procesos de Moscú), por Matew Liebermann. Un tomo de más de 300 páginas, 6 pesetas. Portada de Santiago Pelegrín.—Zevs, S. A. Editorial, Madrid.

Entre las múltiples facetas del enigma ruso, no es la menos interesante de estudiar aquella que se refiere a la administración de justicia en el vasto territorio de la U. R. S. S. Son bastantes los escritores que han abordado este estudio; pero siempre lo han emprendido con un criterio unilateral, atendiendo más a la observación del problema en sí que a la repercusión y reflejo del criterio de la Justicia ante el hecho delictivo y sobre la vida del país.

Matew Liebermann ha seguido, precisamente, un distinto sistema. Ha seleccionado varios casos jurídicos de innegable interés; pacientemente ha ido reconstruyendo toda la trama que tuvo por desenlace el hecho criminoso, y ha novelado el ambiente, las figuras de los protagonistas; ha sondeado en sus espíritus, llenos de tormentas y contradicciones muchas veces, para, someramente, llegar al "hecho de autos". Ni un solo dato innecesario, ni una sola figura desdibujada, ni una sola observación impertinente, que puedan influir sobre la reflexión final, al meditar respecto de la forma como los Tribunales de Justicia soviéticos afrontaron el problema que se debatía ante ellos, que muchas veces quedó resuelto en forma cruenta, pero llena de humanidad.

Con este sistema narrativo, Matew Liebermann comienza por describir las preocupaciones de dos galantes militares ante una mujer seductora, que les lleva primeramente al "terreno", donde cae uno de ellos, para que el otro sufra persecución ante la Justicia y un severo castigo, humanamente tratado después al recordar la conducta del duelista en las luchas sociales. Un caso de dominio sexual, el apasionamiento del músico Luka por la ramera de Moscú, que concluye en crimen, sirve para descubrir algo de los bajos fondos de la vida rusa, visión que se completa con el estudio del proceso de los limpiabotas de Moscú, donde un fondo atávico y cruel, lleno de supersticiones y de ignorancia, pone de manifiesto otro aspecto de ese reverso de la vida.

El "mecenas" que por pura preocupación sexual, por no perder el goce de una mujer que no le ama, roba y malversa fondos; el obrero que no se resigna a que su mujer le abandone, en busca de otro amor que le dará la felicidad; y los campesinos que no quieren deshacerse de una vieja campana que el Gobierno ha acordado fundir, y que inconscientemente sirven de arma para la lucha contra el Poder recién constituido, son figuras de intenso relieve en esta visión del actual ambiente ruso, cuya descripción alcanza la exactitud más refinada en el caso del asesinato de Galina Mrawina, la muchacha estudiante, víctima de un nuevo orden de ideas, madre abandonada por consecuencia de las nuevas teorías amorosas, pero, en rigor, un espíritu profundamente femenino, lleno de humanidad y de ternura, en el que palpitan las eternas razones de la especie.

Mientras Matew Liebermann describe cómo se administra justicia "En nombre de los Soviets", nos va proporcionando medios para estudiar cumplidamente cuál es el estado actual del ambiente ruso. No es una visión desconsoladora, ni mucho menos, la que nos ofrece, pero, aunque lo fuese, el tino y el acierto de los fallos judiciales nos procurarían plena confianza en el progreso del lejano país.

Consideramos muy interesante la obra recién publicada por "ZEVS", en cuidada edición, y creemos que obtendrá la aceptación que merecidamente le corresponde.

La Dirección de LA GACETA LITERARIA recibirá las visitas miércoles y sábados, de siete a ocho de la tarde, en PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44, MADRID

# Despedida a Luis Portal

Adiós

No un pañuelo en el instante del tren, con los primeros noventa grados giratorios de sus ruedas hambrientas. No el pájaro de cuatro picos, en el ansia marina de una hélice en retirada. No el sombrero, con remedo de paracaídas, en el deseo de una hélice levemente tornilladora. Ni siquiera el apretón de manos frente al despierto ronquido de unas curvas polvorientas. No; algo más. El adiós definitivo: el último; antes de la raya trágicamente limitadora. La vida. La muerte. No ser. Ir de viajero sin maletas ni ruta. Luis Portal ha muerto. Se ha ido. Nada. Un recuerdo.

Pero con él, los deseos de ampliar el círculo admirativo del recordatorio. De extenderlo en ondas vibrátiles y precisas. Porque con Luis Portal se ha ido algo más que un Hombre. Se ha ido todo un Rebelde.

Luis Portal

¿El hombre hace las circunstancias? ¿Las circunstancias hacen al hombre? ¿Café con leche? A fuerza de leer pensares y de pensar mi pensar, me quedo sin trayecto fijo ni siquiera probable. ¿Quién sabe!... ¿Luis Portal nació escritor y la vida, su vida, lo hizo escritor para deshacerlo haciéndolo? El tenía afición a muchas cosas: quería saber. Meditaba, estudiaba en un afán rebuscador. Las rocas marítimas de Luarca guardan sus primeras escapatorias en soledad, para leer sin prisa ni encasillamiento de temas ni de horas. Y aprendía a hablar. A hablar en ironía norteña, con un triunfo del desenfado y de la idea revoltosa. Era muy joven cuando... El sol lo vió, de pronto, paliducho, delgado; quiso darle sus rayos ultravioleta, en una ayuda amistosa; pero el ambiente hacía que llegaran a él trémulos de humedad, mojados en un perdido esfuerzo. Tuvieron necesidad de subirlo a la meseta castellana para acercarlo más a su amigo. Subió y subió hasta el Real Sanatorio de Guadarrama. El almanaque marcaba una fecha. Acababa de terminar la guerra. Tenía veintidós años.

Aquel reposo obligado lo acercó aún más a la literatura. No podía escribir, pero leía; leía en las horas silenciosas del lecho perenne. Frente a la pálida nieve, en los momentos de cura y frente a las paredes encuadradoras de su delicado hogar del instante. Y como su imaginación andaba en un perpetuo tejer y destejer y hablar no podía, empezó a escribir a hurtadillas de los doctores, en la felicidad de sentirse desahogado de tanta trama y de tanto motivo estético. *Cuentos de pecado y edificación* nacieron entonces. Junto a las rojas flores de la hemo-

tisis y frente al miedo de deshelarse una mañana como un copo de agua que quiso tener forma propia. Llevaban en sí el germen de un alma que quiere volar y a quien ataba su encarnación; del temor concéntrico de un espanto próximo; de la excitación sexual del que ve su tiempo limitado para prolongarse, aunque sea sin descendencia... Cuentos de pecado, pero también de edificación. Junto a la blasfemia surge el prejuicio fisiológico, del que teme perderse. La vida es un pecado para el arrepentimiento. Pequemos sin olvidar a Dios. Recemos sin olvidar al demonio.

El espíritu de Luis Portal era todo el incienso de una vida: azul de abajo arriba. Pardo de arriba abajo. Como el cielo y la tierra.

La obra

Portal nació a las letras en el plano de un derrumbamiento. A finales de la segunda década, nació el siglo xx. El Marne y su prolongación habían matado aquel viejo chocho que quería imponerse, taponando la matriz del tiempo. El siglo xix acaba de fallecer entre los gritos desaforados de la rebeldía de sus nietos. Como todo lo que se estrava, dejaba rencores. Los ismos sonaban sus voladores contundentemente iconoclastas. Arte del instante. Sin historia, sin deseos de perpetuidad, deportivo, deshumanizado... Luis Portal izaba también su bandera, pero no podía incorporarse a las nuevas filas. ¿Deportivo él, atado a la horizontal acolchonada? ¿Deshumano? ¿Cómo, si le dolía el pecho a cada movimiento y a cada inspiración? Pero rompía, sin embargo, los moldes fáciles del trayecto hollado. No quería ser lo que nadie había sido. El no era un enfermo. Sino el enfermo Luis Portal. Enfermedad es igual a decadencia, y él, forzosamente, era un decadente. Pero creaba su prosa y su arte tuberculosos, en risa de su enfermedad, en burla cruel del bacilo de Koch. *Confesiones de Macrina* demuestran la teoría. Fue netamente propio su monóculo visor y fué extraordinariamente poseída su estilográfica y hasta su tinta, plena de hematies. *Cronos desmigajó su pan en el viejo reloj*... Imagen barroca, en telarañas de provincianismo lluvioso, como todo un símbolo de estos discretos de aquella joven virgen, enamorada y física.

Igualmente, en lucha perpetua con su calvario físico, Portal escribe su drama *El hijo* que publica la revista *Eugenia*, y más tarde, *Ataraxia*, la gran novela de una valiente y extraña psicología. Lima su prosa más y más en un afán renovador. Un tuberculoso acartonado en resignación no puede escribir como un joven pretuberculoso—decía son-

FUENTE ESCONDIDA

Por EDUARDO MARQUINA

No deje de leer la primera edición de esta grandiosa obra teatral, reputada por la crítica nacional y extranjera como una de las producciones más eminentes del insigne poeta.

---

5 pesetas

---

"Renacimiento". C.I.A.P. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.—MADRID

riente; y en la doble amargura del desamparo público, corre hacia él en vez de acorrallarse, pretendiendo escribir para el teatro. Deja diez o doce obras teatrales y una novela terminadas, y muere en el esfuerzo titánico de entrenar una, cuando ya una actriz famosa y un "régisseur" inteligente le habían tendido su mano, que yo desearía no retirasen a su sombra de hombre vencido por la falta de oxígeno.

Fenómeno

Parece extraño, pero así es; el hombre máquina, a pesar del taladro mecánico de su mirada, olvida, a veces, en la velocidad de sus engranajes, ciertos detalles; o pasa de largo, despistado tangencialmente por exceso de suspicacia. Porque... dentro del arte actual concédese, justamente, un valor extraordinario a todo paranoico; su arte, de un supra e infrahumanismo, llama el estudio

de psiquiatras y de técnicos artísticos. La gente, aun esa gente boquiabierto de todos los paracaídas, admira; y, sin embargo, arte tuberculoso, por sus antecedentes románticos, queda fuera de toda investigación, aun sana y serena. Y no es justo; los enfermos pulmonares de hoy convergen en sus psiquis a muy diversos puntos que los tísicos de ayer, porque este padecimiento, en los bien orientados, da lugar, aun con resabios a posturas mentales hipersensibles, doblemente interesantes.

Y éste es el caso de Luis Portal, que jugaba a la comba con risas de su mortal dolencia. Que hacía lanchitas de papel, para los lagos de sus horas muertas, bajo el cielo blanco de cal. Que se fué una mañana, como para un sanatorio definitivo, dejándonos, a pesar de todo, sus obras, como en espera de un lugar que en vida, la injusticia o la prisión supieron darle.

LUIS AMADO BLANCO

## PASAJEROS A INDIAS

El 25 de mayo embarca en Barcelona, para Puerto Rico, nuestro amigo y colaborador Manuel García Blanco. Marcha a la hermosa isla atlántica para explicar Lengua y Literatura españolas en la Universi-

He aquí un viajero más a Puerto Rico, seguidor de la ruta que en 1925 emprendió el Adelantado Navarro Tomás, primer maestro español visitante de aquella Universidad. Por aquella cátedra han pasado Américo Castro, Federico de Onís, Amado Alonso, José Robles, Angel del Río, Angel Valbuena, Samuel Gili Gaya. Allí estuvo un verano Fernando de los Ríos. He aquí los hitos de esta ruta e hispanismo auténtico, a la que hoy se une el nombre de García Blanco, el profesor universitario de Salamanca.

La tradición de intercambio con Puerto Rico es ya frondosa y además mutua. Diversos son los portorriqueños que recibieron su título de doctores en la Universidad de Madrid. Recordamos a Margarita Arce, a Antonia Sáez, a Rubén del Rosario. He aquí todo un panorama altamente sugestivo—comprensión recíproca e interés por lo español—forjado por nuestro admirado Centro de Estudios Históricos.

LA GACETA LITERARIA, siempre atenta a la difusión de lo español en todos los confines literarios, celebra la designación del Centro de Estudios Históricos a favor de García Blanco. Desde aquí seguiremos con atención la ruta del nuevo pasajero a Indias, y despedimos con toda cordialidad, deseándole una estancia espiritualmente fecunda para él y para los oyentes de sus lecciones.



Manuel García Blanco

dad de Río Piedras. Su cometido docente terminará en mayo de 1932, y tiene a su cargo un curso de verano y otro académico normal, con un semestre de otoño y otro de invierno. En ellos se ocupará de la evolución histórica de la lengua y analizará las principales figuras y movimientos de la literatura nacional. Luego, cursos monográficos; uno, sobre el "Romancero", y otro, sobre las letras españolas de 1898 a 1930. Sin contar algunas conferencias sobre temas varios.

LEA COSMOPOLIS

Revista del gran mundo  
Modas, deportes, cine,  
teatros, literatura.

1'50 PESETAS

EDICIONES HOY

### LA MUJER NUEVA Y LA MORAL SEXUAL

por ALEJANDRA KOLONTAY

250 págs., 5 ptas.

### HIJA DE LA REVOLUCION

por JOHN REED

290 págs., 5 ptas.

Exclusiva de venta a librerías:

Pedidos a reembolso a EDICIONES HOY, ZURBANO, 20. — MADRID  
C.I.A.P. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.—MADRID

UNA VISION ESPAÑOLA DE PAPINI

# El duque Hermosilla de Salvatierra

Reproducimos un capítulo del gran libro de Papini, recién traducido al español por la Editorial Apolo, con un prólogo excelente de Mario Verdaguer:

Burgos, 13 de abril.

He encontrado un español bastante más original que Ramón. No ha escrito nada y nunca escribirá, pero no comprendo por qué nadie ha escrito sobre él.

Es el duque Almagro Hermosilla de Salvatierra, último descendiente de una de las más gloriosas familias de la vieja Castilla. Fui a Burgos para ver el sepulcro del Cid Campeador y debo al viejo guía el conocimiento del duque. Me hallaba en la iglesia de San Pedro de Cardeña, ante el monumento que el general francés Thiebault hizo construir en 1808, para osario del gran enemigo de los moros, cuando vi arrodillado al pie de la tumba a un viejo vestido de negro que parecía rezar con la cabeza escondida entre las manos. Cuando se puso en pie vi su cara, más blanca que las candelas que ardían en el altar. Era de baja estatura, pero de bellas proporciones y engrandecido por aquella dignidad natural que se encuentra únicamente aquí. Al verme en contemplación ante el sepulcro se paró a mirarme y finalmente se acercó.

—¿Conque usted también se mantiene fiel al culto de nuestro Ruy Díaz de Vivar?

Le expliqué que era extranjero y que había ido únicamente por consejo del guía. Pareció desilusionado y un poco entristecido, pero pronto se serenó.

—Me he quedado solo—dijo—para recordar el día de su muerte. Todos los años vengo aquí para hacer mis devociones en memoria suya. Yo desciendo de uno de los compañeros de armas del Cid y creo que él fué digno de ser venerado. ¿Sabe usted que Felipe II, el más grande de los reyes, elevó una instancia a Roma para su beatificación?

Salimos juntos de la iglesia. El duque de Hermosilla de Salvatierra conoce Burgos mejor que cualquier arqueólogo. Cada piedra es para él una criatura viviente, un capítulo de la historia.

—No puede decir que ha visto Burgos

—me dijo—si no visita mi palacio. No deje entrar nunca a nadie, pero como le he visto ante el sepulcro del Cid el mismo día de su aniversario—que Dios le tenga en su gloria—, haré para usted una excepción. Le espero mañana, después de la siesta.

En mi hotel pregunté detalles sobre el duque. Se extrañaron mucho de que me hubiese hablado.

—No habla con nadie—me dijo el camarero—, y a Burgos viene raramente. Es riquísimo y posee palacios en casi todas las ciudades de España. Cada palacio tiene su color y su particularidad. En Avila tiene el palacio negro, donde todos los muebles y las tapicerías son de luto y donde pasa, habitualmente, la cuaresma. En Toledo, tiene el palacio verde, cubierto en todas partes, en el interior, de mayólicas árabes dispuestas de manera que cada estancia parece una pérgola, un bosque, un huerto. En Sevilla posee el palacio rojo, donde cada sala aparece pintada con frescos que representan los diversos antros del infierno. Allí habitaba cuando era joven, con cuatro o cinco famosos toreros. En Madrid todos conocen su célebre palacio de oro, que a uno de sus antepasados costó veinte millones de reales. No lo abren más que para recibir al rey. Aquí en Burgos verá el palacio desnudo, el más antiguo de la familia. Lo más extraño es que en cada uno de estos palacios viven siempre servidores numerosos, desde el portero al cocinero, como si el dueño viviese en ellos siempre. Caya mayordomo tiene la orden de hacer preparar cada día la comida y la cena como si el duque estuviese presente. En Avila, en Toledo, en Madrid, en Sevilla, en Burgos dos veces al día se pone la mesa con toda riqueza y los criados llevan los platos humeantes ante el sillón ducal, donde no está sentado nadie. Por la noche se encienden los candelabros y los camareros esperan en silencio a su señor invisible. El duque está algunas veces fuera de España años enteros y en algunos palacios no le han visto más que dos o tres veces desde que es jefe de la familia. Pero la orden es obedecida en todas partes: cada día sus cocineros preparan en las diversas ciudades las cinco comidas y las cinco cenas. Si el duque no llega—y no aparece casi nunca—los servidores esperan una hora y luego se comen juntos lo que estaba destinado a su señor. Una fantasía de lunático sin hijos, que no sabe cómo gastar sus millones. Por otra parte, no ha querido en torno suyo ningún invento moderno. En sus palacios no hay luz eléctrica ni teléfono; para viajar no usa ni trenes ni automóviles, sino carrozas monumentales tiradas por cuatro mulas y seguido de postillones a caballo. Nadie se extraña: toda España sabe que es un loco.

La charla de José aumento mi curiosidad por entrar en la cueva del viejo maníatico. Al día siguiente, a las tres, alzaba la maciza anilla de hierro que colgaba en medio del portalón del palacio desnudo. Un hombre vestido a la antigua, con un traje que me recordó el de los retratos de Tiziano, vino a abrirme y me condujo por una escalera que rodeaba un vasto patio.

Entré en una sala larguísima, apenas iluminada por tres ventanas, donde no se veía ningún mueble, ni siquiera una silla. A ambos lados de una puerta dos armaduras medievales, completas, con sus viseras bajas. El hombre me dijo que esperase y desapareció. Poco después, vi al lado mío, sin que me hubiera dado cuen-

ta de por dónde había salido, al pálido duque.

—Siento—me dijo—no poderle hacer sentar, pero ésta no es mi casa, es el albergue de mis antepasados. Venga.

Me hizo pasar a otra estancia casi oscura que me pareció, a primera vista, llena de gente.

—No se asuste—murmuró el duque—, no hay nadie.

Y se santiguó.

Miré en torno. Allí había unas diez figuras, hombres y mujeres, vestidos de aquella extraña manera que se ve únicamente en las óperas de Verdi y de Meyerbeer. Los hombres iban cubiertos de corazas y esquinelas y se mantenían fieramente en pie: las mujeres, medio ahogadas en sus velos y en sus sayas de brocado, se hallaban sentadas en cátedras de madera de altos respaldos. Los rostros se hallaban cubiertos y tenían la inmovilidad espectral de las figuras de cera.

—Uno de mis antepasados del siglo XV—dijo el duque—tuvo esta idea. La familia no debe olvidar a ninguno de los suyos. Los sepulcros, esparcidos en las iglesias, ocultan el aspecto de nuestros muertos, y los retratos, tal como se estilan, no dan la impresión de la realidad. Desde el tiempo de Gómez IV, en 1423, de cada difunto se sacó la mascarilla en cera para conservar a través de los siglos su verdadera fisonomía, y un maniquí de las mismas proporciones fué vestido con los mismos trajes que había llevado en sus últimos tiempos su modelo. De cada antecesor mío, en suma, se ha hecho un doble, lo más semejante posible al aspecto que tenía en vida. Nuestra familia, a través de cinco siglos, se halla siempre reunida, al menos en el espacio, aunque separada por el tiempo. Uno solo falta: el duque Sánchez VII, que en el setecientos vivió casi siempre en París y quiso substraerse, como afrancesado que era, al mandato de los abuelos.

Pasamos a otra sala y luego a otra. Los vestidos cambiaban pero en los rostros inmóviles se encontraban siempre los trazos de la primera fisonomía. Eran grandes de España, vestidos severamente de negro, con collares de oro sobre el pecho; abadesas carmelitanas, que estrujaban entre sus manos enguantadas grandes rosarios de piedras preciosas; muchachos enflaquecidos que mostraban el rostro de cera sobre gorgueras; generales con jubones constelados de plata, que se apoyaban sobre la cazoleta cincelada de un espadón de gala; jovencitas un poco gordas cuyo busto emergía entre enormes faldas de seda roja recamada de perlas; viejos encorvados y encogidos en pesadas zamarras de piel. En la última sala aparecían los primeros sombreros de copa, los paletós románticos, los pantalones de trabilla, y las señoras se hallaban sentadas sobre gigantescas campanas de crinolina.

—Ninguna otra familia en el mundo—decía el duque—ha tenido este pensamiento. Los Salvatierra son los primeros, no sólo en la guerra, sino en el culto a los muertos. Yo no estoy nunca solo. Me basta con venir a estas salas y me encuentro en medio de los míos, incluso de aquellos que no conocí. Las otras familias se contentan con miniaturas que se pierden, con pinturas que se agrietan y ennegrecen: aquí encuentra usted la copia fiel de la vida. Dentro de estas paredes aparecen cinco siglos de vida conservada de un modo visible.

En verdad, muchas de aquellas lividas máscaras se habían deformado por el efecto del calor y del tiempo y se habían vuelto todavía más espantosas. Algunas bocas contraídas parecían que hiciesen burla tras las espaldas del duque. Los ojos de cristal, entre los mechones de las pelucas desteñidas, se habían hecho estrábicos a fuerza de contemplar durante siglos la nada. Alguna nariz había desaparecido, alguna oreja se había agrietado o había caído. Los

## Guía de Descarriados

— D O R —

### Maimónides

10 Ptas.

C. I. A. P.

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15  
M A D R I D

vestidos, casi todos bellísimos, se hallaban cubiertos de polvo y mordidos por la polilla. El duque parecía no darse cuenta de nada. De cuando en cuando se paraba ante uno de aquellos lúgubres fantoches.

—Este fué Gran Inquisidor de España en 1625. Siete mil condenas, de ellas más de mil al fuego. Este era Comendador de Santiago, amigo del famoso Tenorio. Fué muerto en duelo. Esta monja conoció al célebre Calderón de la Barca y antes de entrar en el convento escribió autos sacramentales... Este otro fué virrey del Perú; los historiadores, siempre malignos, dicen que fué un hombre sanguinario. Calumnias: tuvo que sofocar dos rebeliones contra el rey, y si fueron empalados más de treinta mil rebeldes la culpa no fué suya sino del tribunal...

Pero yo ya no le escuchaba. Todas aquellas figuras de difuntos vivos, más espantosas que los muertos, que me rodeaban, que debía rozar para pasar por entre ellas, tan apretujadas se hallaban, que acabaron por producirme no ya terror sino una especie de náusea que me quitaba la respiración. Las ventanas se hallaban cerradas, la luz era escasa y el aireapestaba a alcanfor, a moho y a historia putrefacta.

—Un solo pensamiento me entristecía—decía el duque, acompañándome a la antecámara—. Soy el último de la familia; ¿quién pensará en colocarme en medio de los muertos? ¿Qué fin tendrán, después de mi desaparición, estos simulacros venerables de una de las más antiguas estirpes de Castilla? ¿Los dejarán, solos para siempre, en este palacio? ¿O tal vez una revolución de la canalla plebea o una invasión de bárbaros arrojará a la inmundicia esta asamblea de seres nobles que figuraron, durante cinco siglos, entre los dueños de la tierra?

En aquel momento reapareció la escalera y la luz del patio. Sentí el frescor del aire, vi un poco de cielo. Salí del Palacio Desnudo, casi corriendo, después de haber dado las gracias apresuradamente al duque Almagro Hermosilla de Salvatierra. Estoy satisfecho de haberle conocido y de haber visitado su necrópolis doméstica, pero he decidido marcharme esta noche misma de Burgos.

## "Babel y el Castellano"

POR

ARTURO CAPDEVILA

Este libro del gran escritor argentino enfoca problemas interesantes con relación al idioma español, a la literatura y al libro.

5 pts.

C.I.A.P.

Librería Fernando Fe,  
Puerta del Sol, 15  
M A D R I D

Obras completas  
de  
**Miguel de Unamuno**  
COMPANIA IBERO-AMERICANA  
DE PUBLICACIONES  
M A D R I D

# Escaparate de Libros

LITERATURA BIOGRAFICA

## El libro de Lincoln

De leñador y almadiero a presidente de los Estados. ¡Qué gran salto!

Abraham Lincoln resulta la figura histórica estadounidense más simbólica y más llena de simpatía. Todo el camino de su existencia está iluminado por destellos de franca jovialidad. Pocas vidas de dirección humana y rango histórico perdurable abren un horizonte tan sinceramente recto y alegre como el que supo descubrirnos el alma y el carácter de Lincoln.

Del pueblo, decía Victor Hugo, suelen salir los grandes miserables y los semidioses. Los hechos y rasgos fundamentales de Abraham Lincoln no le encuadran en la categoría de un ser semidivino. No llegó a la sublimidad, es cierto. Pero su condición, noble por excelencia, consiguió una de las conquistas más enaltecedoras que registra la historia de las redenciones humanas. Nos referimos al acto de suprimir por su mano la esclavitud de los negros. La liberación de los africanos la llevaba él dentro del pecho desde el primer día que pisó Nueva Orleans y le fué dable contemplar el degradante espectáculo de la subasta pública y observar el encadenamiento y desnudez de la pobre raza. Su alma se estremeció de dolor y su sangre joven se sublevó contra el látigo restallante del tratante y contra las pujas de los compradores adinerados.

Dijérase que desde allí parte la formación espiritual y la jerarquía política alcanzada después. Muchas veces, y sin apenas darnos cuenta, pequeñas causas determinan direcciones de vida, consagraciones y estados de alma sumamente elevados. La dejadez o blandura de carácter suele tomar entereza extraordinaria de improviso. La trayectoria vital de este personaje histórico norteamericano que en este preciso instante arranca del reinado de las sombras la pluma animadora de Emil Ludwig, constituye una de las más sugestivas y edificantes lecciones. Toda su valencia fué adquirida a pulso. Comenzó trabajando muscularmente para vivir e instruyéndose durante las horas de descanso. ¡Cuánta dificultad vencida a fuerza de paciencia entraña el autodidacta!

Lincoln distó mucho de ser un genio del pensamiento. Meditaba los problemas que le salían al paso y conseguía emitir sobre ellos ideas claras y certeras. Era dueño de gran intuición. No más, en cuanto a este orden. Pero, en cambio, se mostró como estadista insuperable. Su figura de hombre de Estado se forjó a golpe insistente de realidad. Y la realidad, cuando se une a un pensar recto y preciso, obra milagros. ¿No fueron verdaderos milagros los que realizó el leñador de Indiana desde el sillón presidencial en el largo tiempo que duró encendida la guerra civil de los Estados?

Volvamos a la jovialidad, de esa manera suya tan acusada de verlo todo a través de un espejo sonriente. Era un empedernido cuentista. Aun en los momentos más graves no abandonaba la anécdota, la historietita didáctica y festiva. El procedimiento adusto y la arista torva no hicieron huella en su semblante. Su gobierno tuvo efecto en el interregno de una contienda civil y provocó un semillero de discordias y algaradas resonantes. Sin embargo, no puede aducirse que representara papeles trágicos. Su mano temblaba ante la pena capital. Casi siempre negábase a admitirla. ¡Qué bellas palabras pronunciaba entonces! Y no es que rechazase el acto dramático por sentimentalismo ñoño, no. Era la magnanimidad del alma lo que se resistía. Esa llama fraternal que arde perennemente en lo más hondo de ciertos grandes hombres.

¡Asombroso Lincoln! Con su gracejo de veta fina popular, sus largas piernas y porte estafalario, logró redimir una raza encadenada y articuló los Estados en dirección

de un progreso material no conocido en el Viejo Mundo.

Con sobrada razón afirma Ludwig que no ofrece Europa un estadista de talla redentora semejante.

Waldo Frantz, que en sus obras *Redescubrimiento de América* y *Primer mensaje a la América hispana*, estudia los hombres y acontecimientos pretéritos de su país, ve en la figura gobernante de Lincoln el simbolismo de la vida infantil de Norteamérica, la gracia sonrosada y ternura indefinible que apunta en el rostro del niño.

Su libro, esmeradamente vertido al español, aparece como cautivante espejo de hombres de Estado y reconfortante fuente de esperanza y acicate para las vidas de origen humilde.

EUGENIO DOMINGO

Francisco de Cossío: *París - Chajarinas*.— C. I. A. P. Madrid.

Laureado con el premio Mariano de Cavia fué este pequeño y sustancioso libro, que relata las vicisitudes de cuatro exatriados—1924—y cuatro confinados—1926—. Serie de trabajos periodísticos encerrados ahora en un volumen, pero no pensados ni escritos con destino a libro sino que lanzados a lo efímero en momentos de gran pasión y sin más intenciones que las puramente informativas.

La dictadura inutilizó la pluma de Francisco de Cossío y éste tuvo que acogerse a la prensa extranjera. Unos fueron publicados en *La Razón*, de Buenos Aires, y en el *The Manchester Guardian*, de Londres. Todos ellos tienen, por los temas, una gran profundidad histórica. Sobre todo, por su gran valor documental.

Andrenio o el periodismo, Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez, el Duque de Madrid don Jaime de Borbón, Santiago Alba... son las figuras españolas estudiadas en la primera parte de este libro. Y la segunda es el cuaderno de un confinado español, viajero por fuerza a tierras de la España africana. En una y otra parte se estampan los recuerdos más universales de aquel período español tan decisivo. Desde los dos destierros. El brumoso y nórdico París y el radiante azul del Mediterráneo.

Y en los dos lados reina el detalle, la observación de la universalidad de lo efímero. Arquetipos. Como su versión de Unamuno o su versión de Blasco. Con sello de eternidad vista en lo grande, recortando un tipo de excepción. Y de eternidad en lo pequeño con resúmenes de toda una multitud. Como aquellas ojeadas al alma de las Andalucías de uno y otro lado del Estrecho, Andalucía española, de tierra sin gente, y Andalucía marroquí, de moriscos, gentes sin tierra.

Paisaje espiritual partido por gala en dos, que Cossío recompone cuando dice:

“Para ver las cosas claras acójámonos a la sombra de Andalucía. Sombra de olivo, sombra de muro blanco, sombra de pestiños..., gracia flexible del campo andaluz. Suaves ondulaciones en la llanura que ganan en un paso ligero los olivos..., las sílabas se duermen en el aire”.

Remachando luego el comentario y la glosa con esta pequeña y perfecta síntesis de toda una cultura.

“El secreto de la vida para el moro no es otro que sentarse bien... La esencia de esta filosofía se encierra en la palabra *esperar*. Este fatalismo pierde lo que tiene de humillante a fuerza de elegancia. De esa elegancia pasiva que sólo el moro posee y cuyos resortes están en saberse sentar”.

Libro de valores universales en el caso más concreto.

GL BENUMEYA

Diego San José: *Martirologio fernandino*.— Renacimiento. Madrid.

Un estudio serio y a la par amenísimo sobre las víctimas y verdugos del absolutismo español. Desde 1814 a 1833. La figura siniestra y diabólica de Fernando VII es el motivo central de este volumen de historia política española. Y los mártires son los españoles muertos por la causa de la libertad bajo la violencia de un rey apasionado por el ansia de poder absoluto. Emblema último de lo faraónico en la Península pentagonal.

El libro comprende una serie de pequeñas monografías sobre las grandes figuras históricas de esta lucha entre el absolutismo y la democracia burguesa de instinto liberal. Grupo de monografías que se divide en dos partes: las víctimas y los verdugos. Abre la serie de las primeras la sublime figura de una mujer granadina, de Mariana Pineda—a quien los rebeldes contra la violencia del poder público consideraban como una verdadera santa de la causa libertaria—. Siguen: Torrijos el fusilado. El general Van Halen. La popular figura del Empecinado, héroe de la Independencia. Los mártires de Orihuela, el padre Almaraz. El primer Pablo Iglesias, Muñoz Torrero... y otros.

Luego vienen las figuras violentas, las intransigentes. Calomarde, el conde de España, el general Elío. Tan mal tratados como los otros. Porque según dice Diego San José—“así paga el diablo—léase Fernando VII—a quien bien le sirve”.

Libro de actualidad. Por política. Por centenarios de “Marianita” y Romanticismo. Y por revancha intelectual del libro sobre aquel de la “funesta manía de pensar”.

S. D. GRANADA

A. Hernández-Catá, José Francés, Concha Espina, Alberto Insúa: *La diosa número 2*.— Renacimiento. Madrid.

Una novela escrita por cuatro novelistas a la vez. Cuatro novelistas de primerísima categoría popular. Una novela que en toda justicia puede calificarse de símbolo de la novela de salón. El protoplasma o trama del libro pertenecía a Concha Espina—a la que sus tres colaboradores expresan su gratitud por esta aportación superior a la obra común—. Novela de preocupaciones psicológicas. Y un argumento único que fué dividido en cuatro porciones manipuladas independientemente por cada uno de los cuatro autores—que al dividir la trama en porciones y someterlas al sorteo ya estaban seguros, cualquiera que fuese la elección de la suerte, de trabajar en cosa propia—. La paternidad de cada una de estas cuatro partes corresponde, por tanto, a un solo autor. Según el orden que quiso el azar. Pero por la cordial unión con que fué planeada toda la obra corresponde a todos.

Dos vidas de mujer componen la trama de esta obra. Una, frívola y gozosa, figura María Paz. Una figura reposada y serena, Blanca. Primero una y después otra. Ambas enlazadas por relación de sangre y de origen, ambas tramando juntas con sus vidas sucesivas y, sin embargo, diametralmente opuestas; un tema único de amor y desvío, de sacrificio y de placer carnal entre un mundo de arte luminoso y de silenciosa ciencia. Desde el principio al final del libro tejen la trama de lo erótico más limpio, metido en el cuadro impecable—en el cubo—de sus cuatro autores.

R. G.

### EL CENTENARIO DE MAIMONIDES

Acaba de cumplirse el centenario del cordobés Maimónides, enterrado en Palestina. Con este motivo se ha formado allí un Comité Maimónides, el cual ha publicado un monumento con un plan de recuerdo permanente de Maimónides, plan que empezará a desarrollarse a partir de este centenario.

He aquí los proyectos del Comité Maimónides:

Primero.—Construir un magnífico templo junto al recinto de las tumbas.

Segundo.—Edificar, anejo a la Sinagoga, un Instituto (Yeshibá) de estudios talmúdicos superiores; y

Tercero.—Adquirir los terrenos y antiguas construcciones colindantes con el pequeño cementerio que aun pertenecen a personas extrañas, para convertirlos en jardines y alamedas.

(En un pequeño mapa unido al documento que nos ocupa se señalan, entre otros desplazamientos, las tres parcelas de terreno que hay que rescatar.)

El presupuesto para las obras y adquisiciones mencionadas se calcula ascenderá a 17.300 libras esterlinas.

Firman el llamamiento el venerable Rabi Jacob Hai Zrihen, Gran Rabino de Tiberiades; el señor Zaccai Elhadef, alcalde de la ciudad; los notables de la Comunidad sefaradí y los miembros del Comité Maimónides.

\*\*\*

El nombre preclaro del excelso maestro el Rambam o Maimónides, lumbrera de Israel, es tan conocido que sería superfluo enumerar sus cualidades y méritos para hacer su elogio. Sería lo mismo que si intentáramos hacer el panegírico del sol brillante del mediodía. El conocido adagio usado por los sabios de su época: “de Moisés hasta Moisés (Maimónides), no hubo otro como Moisés”, es suficiente para darnos una idea de la magnitud del respeto que el pueblo le profesaba, al compararle con Moisés el divino legislador.

Y no solamente el pueblo hebreo venera la memoria de aquel coloso de la ciencia y de la sabiduría, sino también la veneran otros pueblos, particularmente el pueblo español, el cual le coloca en el número de sus glorias más legítimas.

Maimónides fué el lazo que une España al mundo judío; el haber nacido en España hace de España la segunda Tierra Santa del judaísmo. Maimónides fué semidivino.

Para tener una idea exacta de su inmenso valor moral, hay que visitar su tumba en la Tierra Santa, en la que están concebidas todas las esperanzas del pueblo israelita y donde el nombre de Maimónides resplandece como el de Moisés, hijo de Amram. Los judíos sefaradíes acuden de todos los rincones del país a prosternarse y a orar junto a esa santa tumba como junto a la tumba de un profeta de Dios. Los pobres de Tiberiades no cambiarían nunca esta santa piedra por todos los tesoros de Jerusalén. Sin embargo, no debe creerse que el nombre de Maimónides es venerado en esos lugares solamente, puesto que todos los historiadores hebreos lo colocan a la cabeza de los grandes lumbreras del pueblo judío.

\*\*\*

En España ha sido conmemorado el centenario del sublime cordobés Maimónides con la edición completa y anotada de su libro *Guía de los Extraviados*, por primera vez traducida al español. Esta edición se ha hecho por cuenta de la Federación de las Asociaciones Hispano-Sefaradíes de Marruecos, de acuerdo con la Casa Universal de Sefaradíes, de Madrid. Obra traducida por el profesor de estudios españoles en la Universidad de Salónica don José Suárez Llerena, prologada por don Ignacio Bañer y don Antonio Ballesteros Beretta

\*\*\*

La *Guía de los Extraviados* es la obra judía más importante después de la Biblia y es, además, uno de los mayores monumentos literarios de la Edad Media. La completaron Santo Tomás y Alberto el Grande. Fué traducida al hebreo—desde su idioma original el árabe—por Samuel Ben Tibhón y al latín por Jacob Mantino y por Justo Buxtoy. Influyó sobre los teólogos y pensadores cristianos y judíos más que ninguno otra obra de su tiempo. El más directamente influido fué Spinoza, cuyo sistema filosófico se deriva en sus grandes rasgos del maimonidismo. Y como del judío español Spinoza se deriva también indirectamente el otro judío, Carlos Marx, resulta que Maimónides fué el precedente religioso de los judíos modernos creyentes y el precedente de los no creyentes. Todo el judaísmo en un solo hombre.